

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES—PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

1874. — TOMO XLIII.

Administracion general y Redaccion : Passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 33. — N° 1,098.

SUMARIO.

La casa de M. Thiers; grabado. — Revista española. — La explosion de Vincennes; grabado. — Un choque en el mar; grabado. — Revista de Paris. — Poesías. — Cuadros de costumbres: El permiso de residencia; grabado. — Una expulsion en Irlanda; grabado. — Los Vascongados. — Una semana de campamento. — Escenas parisienses; grabado. — M. José Lambert; grabado. — El límulo-polífemo; grabado. — El Matrimonio. — Sobre los viajes por España de Blatna y de Andrés Navagero. — Monumento conmemorativo de la batalla de Nuits; grabado. — La Comedia contemporánea, por Bertall; grabados.

La casa de M. Thiers.

En este número damos una vista de la fachada principal de la casa de M. Thiers, que se halla completamente terminada, porque la parte interior solo lo será en el verano próximo.

Esta casa se compone de un pabellon que está en el ángulo izquierdo de la habitacion que domina todo el edificio, de un cuerpo saliente y de otro cuerpo mas retirado, que termina en una rotonda, coronada de una media cúpula que se eleva hasta el primer pi-

so. A la casa se penetra por una escalera de siete u ocho escalones. A cada lado de la puerta de entrada hay una ventana, y en el piso principal hay tres medidas entre pilastras, teniendo encima un fróntis triangular con un escudo en el tímpano.

El edificio es del tiempo de Luis XIV. El arquitecto M. Aldrophe, antes de construir este edificio, ha estudiado algunos antiguos palacios del faubourg Saint-Germain, que van desapareciendo poco á poco. Algunos han criticado el pabellon que se halla en el ángulo del edificio, por no estar en armonía con el resto del edificio; pero debemos advertir que el arquitecto ha



PARIS. — La nueva casa de M. Thiers : vista tomada del patio por el lado de la plaza de San Jorge.

tenido que ceder al destino dado á estas habitaciones y á las conveniencias particulares. En este pabellon se encuentra el despacho de M. Thiers, que es á la vez el salon de exposicion de obras de arte; y la construccion del piso segundo se explica tambien por la necesidad de dar luces por la parte alta, como se verifica en todas las galerias de pintura.

Terminaremos diciendo que todas las esculturas que adornan la fachada de la casa, tan notables en su mayor parte, se deben al cincel de M. Fretigny.

Revista española.

Salutacion. — El mal y su remedio. — Triste cuadro de costumbres. — Un veterano de la guerra de la Independencia. — Novedades teatrales. — Un drama de Hurtado. — Canciones de actualidad. — La nueva plaza de Toros. — Temores.

Un año mas... ¡Qué año!

Con solo que recuerden los lectores lo que les he contado, comprenderán toda la amargura de mi exclamacion.

No les deseo nunca lo que los españoles hemos sufrido: antes al contrario, hago votos al cielo por su felicidad, tanto mas sinceros cuanto que cada año que pasa vamos siendo mas antiguos y buenos amigos.

Hecha esta salutacion con color de rosa, necesito recurrir al negro mas oscuro para escribir mi revista.

Aquí vamos de mal á peor.

Un sencillo bosquejo de lo que pasa demostrará prácticamente el mal y su remedio.

Los periódicos políticos tienen, por regla general, la mision de verlo todo como conviene al partido que defienden; así es que pintan á las mil maravillas las bondades y las excelencias de sus ideas y de sus hombres.

Pues bien; buscad un individuo cualquiera de las llamadas clases conservadoras, y salvadas algunas excepciones, lo que piensa uno piensan todos.

Figuraos que cae en sus manos un periódico carlista, su lectura le hace ver que las fuerzas en armas de este partido son formidables y que tienen probabilidades de triunfo.

— Yo lo creo, exclama. En España todo es posible. Y el caso es, que yo tengo amigos carlistas; voy á verlos, á hacerme presente, pueden triunfar, y como tengo algo de bienes nacionales...

Con este ánimo, lee un periódico alfonsino, y como este partido monopoliza el talento, logra con maña demostrar que un centenar de personas es un partido inmenso.

Despues de leerlo, no hay duda: Don Alfonso cuenta con generales, con banqueros; él viene sin remedio, y si ya no ha venido, es porque está creciendo, desarrollándose, y no hay que malograrse.

Nuestro hombre cambia de rumbo:

— Es verdad, dice; aquí quien viene es Don Alfonso, y hay que estar bien con sus amigos.

Pero encuentra en la calle á un ministerial agradecido:

— ¿Con que esto se va? le pregunta.

— Al contrario, hombre: nunca ha estado Castelar mas seguro que hoy. Es el hombre indispensable, él es el salvador. Ya ve Vd., el día de la Concepcion mandó hacer salvas y permitió que repicaran las campanas.

— Tiene Vd. razon, Castelar y sus amigos son los únicos que pueden llevarnos al puerto. Pero supongo que renunciarán á hacernos milicianos y á cobrarnos las contribuciones anunciadas.

— ¡Oh! eso no; no es posible vivir sin dinero.

— Pi y Margall y los suyos son los que ofrecen la igualdad, la libertad, la fraternidad y el federalismo, dice un amigo de los intransigentes.

— Pues ¡viva Pi y Margall! dice el representante de las clases conservadoras.

Pero ¡qué mas! Si viniera triunfante Roque Barcia y Contreras, los autores de la rebelion de Cartagena, los victorearian.

Esta conducta censurable y desastrosa, es el resultado del miedo, y el miedo la consecuencia inmediata del egoismo.

Renunciar á ella y sacrificarse por la patria es la única medicina que puede curarnos de raiz.

Pero, sí, sí... el egoismo es tal, que cada cual solo se ocupa de sus intereses.

Ya saben mis lectores que desde hace un mes está sufriendo Cartagena un bombardeo.

Pues vean un doloroso cuadro del efecto que este terrible suceso produce en Madrid.

— Mañana empieza definitivamente el bombardeo, decia uno, la víspera del día señalado.

— ¡Sí, eh?

— La *Correspondencia* lo dice.

— ¡Ah! Pues ella debe saberlo.

— Es esa una funcion que nos han anunciado tantas veces...

— En efecto, nos la hacen esperar.

— Me gustaria ver desde paraje seguro el efecto.
— ¿De las bombas?
— Debe ser muy curioso ese espectáculo.
— Ya nos lo contarán los periódicos con sus pelos y señaes.
— Celebraré que venza el gobierno, porque necesito vender papel, y con el triunfo subirá un poco el 3 por 100.
— Pues délo Vd. por hecho... El bombardeo durará poco, los sitiados se rendirán, y... no lo dude usted, antes de una semana veremos en Madrid á Roque Barcia y á Galvez abrazados á...
— No lo dudo, en política todos son lobos...
— De una misma camada, ¿no es eso?
— Ciertamente.
— ¿Se viene Vd. á la ópera?
— No, voy á *Apolo*, me toca el turno.
— Adios.

Esta escena pasa en el café de la Iberia; asistamos á otra en un salon.

— ¿Qué hay de nuevo, marqués?
— Poco y malo: mañana empieza el bombardeo.
— ¿Cuál?
— El de Cartagena.
— ¡Ay! es verdad, ya no me acordaba.
— ¡Tengo mas ganas de que acaben con los cantonales!...

— Ya lo creo.
— Me están perjudicando de una manera atroz. Mi apoderado me escribe desde Murcia, diciéndome que este año perderé una gran parte de mi renta.

— Estará Vd. aburrido.
— Figúrese Vd. Yo no sé qué gobierno es este; no tiene fuerza. Ha debido enviar todo el ejército y acabar de una vez con esos revoltosos.

— Sí, pero los carlistas...
— Es verdad; pero á mí lo que me interesa es lo de Cartagena. Allí están mis propiedades...

— ¡Cuidado que ya llevan tiempo!
— Es una vergüenza.
— Pero el bombardeo será horroroso.

— ¡Oh, sí, horroroso!
— ¿Estuvo Vd. anoche en la reunion de la señora del ministro de Ultramar? Me han dicho que fué brillante.

— Brillantisima.
— Yo no empezaré á recibir hasta el mes que viene: mi modista está tan ocupada... tiene tantos encargos...

Busquemos á los representantes del comercio, á las clases productoras.
— Señor don Lesmes, mañana empieza la cosa de firme.

— ¿Qué cosa?
— El bombardeo.
— ¿Sí, eh?
— Y lo que es ahora va de veras.
— ¿Lo sabe Vd. de buena tinta?
— De la tinta de la *Correspondencia*. ¿No lo ha leído usted?

— Sí, pero...
— Está al final.
— Entonces lo leeré mañana temprano; mientras barren los chicos la tienda, me leo las noticias de bulto... Por la noche no quiero... si hay noticias alarmantes, me desvelo ó tengo pesadillas.

— ¡Cuidado si van á gastar dinero en pólvora!
— ¿Sí, eh?
— ¡Vaya!
— ¿Como cuánto?
— Lo menos un milloncico ó dos.
— ¡Quién los pescara!
— A propósito, me han enviado un salmon de Laredo, y mañana son los días de mi costilla. Le convidó á Vd. á comer.

Pasemos ahora al seno de la familia.
Una señora acaba de leer la *Correspondencia*, y poseída del mas vivo dolor, exclama:

— ¡Qué le sucederá mañana á mi marido!
Una anciana dice despues de oír la noticia:
— ¡Dios mio, ten piedad de mi hijo!
Pero en medio de todo, nadie exclama:
— ¡Pobre patria! ¡Cómo te desgarran tus hijos!
El bombardeo empezó, sigue y seguirá hasta Dios sabe cuándo.

En el Norte se libran terribles batallas.
La deuda del Estado está á 13-25.

¡Qué situacion!
Las guerras civiles son desastrosas, por mas que á veces sean indispensables.

En cambio las guerras internacionales pueden engrandecer á los pueblos, por mas que siempre sean dolorosas.

Casi en los momentos en que caian españoles heridos por españoles, bajaba á la tumba el coronel retirado don Manuel de Mendoza, uno de los héroes de la guerra de la Independencia.

Voy á trazar su historia á grandes rasgos.
Nació en Jerez de los Caballeros en Estremadura, el 20 de diciembre de 1788, hijo de la ilustre familia de los condes de la Corte, su padre, y nieto por su madre de la antigua y noble casa de los marqueses de Campoverde. Recibió su primera educacion de M. Decueille, emigrado francés, hasta 1803, que empezó la carrera militar en los carabineros reales; fué ascendido á oficial en la epidemia de Cádiz en 11 de enero de 1805. Hizo el sitio de Gibraltar en 1805 y 1806 á las órdenes del general Castaños; en 1807 oficial de

ordenanzas del general Solana; formó parte de la expedicion á Portugal con el ejército galo-español que mandaba en jefe el general francés Junot. Escuchando la voz de la patria, voló Mendoza desde Lisboa á las orillas del Guadalquivir, y concurrió con su regimiento á la gloriosa victoria de Bailen, el 19 de julio de 1808; allí, sobre el campo de batalla fué promovido á teniente. Se portó siempre con honor y bizarría en las batallas de Tudela, Bubberca, Velez, Mora, Consuegra, Medellín, Mérida, y cien otros encuentros. Con su regimiento de granaderos á caballo de Fernando VII, hizo esfuerzos de valor en la batalla de Almonacid, en la Cuesta de Madera, en Dos Barrios, en la batalla de Ocaña y en mil acciones parciales.

Siendo edecan del general en jefe Blake, sostuvo el gran sitio de la Isla y Cádiz en 1810. Siguió á su general á Murcia y á Valencia, peleó á su lado en los campos de Baza y Venta de Baúl. Con su regimiento de húsares de Fernando VII derrotó en Villarrobledo el 7 de agosto de 1811 á una columna francesa de fuerzas considerables y dos piezas de artilleria; con su escuadron, Mendoza hizo muchos prisioneros, dejando sobre el campo algunos muertos y tomándole una caja de municiones tirada de cuatro caballos y doscientos carros de granos. Rodeado de dragones franceses, Mendoza se salvó milagrosamente, sacando herido de una cuchillada el caballo que montaba. Tuvo una parte muy activa en las batallas de Cuarte, Murviedro y línea de Valencia, habiéndose grangeado con su arrojo los elogios bien merecidos de su general Blake.

En el sitio de dicha plaza, especialmente la noche del 26 de diciembre de 1811, el ejército hizo una salida, y colocado Mendoza de orden de su general en jefe al lado del general de vanguardia Lardizabal, tuvo que superar grandes obstáculos bajo el fuego del enemigo para atravesar las líneas; en esta ocasion, por su brillante conducta, le propuso el general para la cruz de San Fernando. Mendoza fué al cuartel general francés á entablar la capitulacion de la plaza, que se entregó, habiendo entrado á ocuparla el mariscal Suchet en 9 de enero de 1812.

Prisionero á Francia al lado de su general Blake, fué destinado Mendoza con los demás oficiales de estado mayor á Moulins, despues á Dijon y Nancy: allí tuvo la gloria de ver muy cerca al gran Napoleon, y de allí á Macon. Permaneció en Francia hasta marzo de 1814, en que aprovechándose de los desastres del gran imperio, se fugó no sin gran riesgo, dirigiéndose á Suiza, y agregándose en Ginebra al ejército austriaco que mandaba el conde de Budau; de allí pasó á Paris y vió reunidos los primeros ejércitos de Europa, conociendo á los primeros generales de aquel tiempo, admirando especialmente el ejército ruso, que mandaba el emperador Alejandro. Obtuvo el favor de S. M. el rey Don Fernando VII de ser agregado á su comitiva para regresar á España, como lo realizó en marzo de 1814 por Perpiñan.

En esta época obtuvo el grado de teniente coronel, y pasó á continuar sus servicios en el segundo regimiento de coraceros, destinado de guarnicion á Madrid.

Posteriormente fué Mendoza edecan de los generales conde de Almodovar y del marqués de Campoverde su primo. Desempeñó con honor todas las comisiones interiores de los cuerpos donde sirvió.

En fines de 1823, despues de mil desastres políticos, en los que Mendoza, sin separarse de la rigidez militar, sin mas voz que la de sus jefes, siempre tolerante, siempre el honor por emblema de sus acciones, fué sin embargo comprendido en la disolucion general del ejército español, medida absurda que trajo á la patria gastos inmensos y males sin cuento.

Separado Mendoza del servicio, con medio sueldo, fué además impurificado en 1825. Purificado en segunda instancia en 1830, se hicieron inútiles esfuerzos para atraerle al servicio. Ocupado ya Mendoza en los negocios de su casa, entretenido en el estudio, concibió que de ninguna manera podía servir mejor á la patria que con su ejemplo. En su vida privada goza Mendoza una dicha mucho mayor que la que presumian haberle arrebatado.

Coronel y jóven aun en 1831, y con un porvenir militar brillante, se consagró solo á la felicidad de su esposa, jóven amable y virtuosa, señora doña Antonia Honorato Osorio y Pacheco, de gran fortuna.

Mendoza adquirió de un amigo americano un retrato original del ilustre guerrero descubridor del mar del Sur, Vasco-Núñez de Balboa, que atrae á la memoria despues de mas de 300 años viva su imagen, que colocó el mismo Mendoza en 1837 en el salon de las casas del Ayuntamiento de Jerez de los Caballeros, donde vió la primera luz este héroe, y poder mostrar á sus convecinos el amor que tiene Mendoza á sus paisanos y á las grandes acciones.

Fué despues Mendoza varias veces elegido diputado provincial por su distrito de Jerez de los Caballeros, cargo que desempeñó con exquisito tacto y suma honradez, por lo que se grangeó en la sociedad la estimacion y aprecio de sus numerosos amigos, y en el seno de su familia el cariño inestimable de una esposa dechado de virtudes.

En Madrid, junio de 1860, Mendoza visitó y recorrió el campamento de Amaniel, y con entusiasmo habló al general O'Donnell, duque de Tetuan, que volvía triunfante de Africa, recibiendo de él muestras de aprecio; siguiendo sus amigos y antiguos contemporáneos, dispensándole cuantas deferencias pueden dis-

tinguir á un valiente militar que conservaba la agilidad y fino trato que en sus mejores tiempos.

Me he entretenido mas de lo regular conmemorando esta gloria militar.

Tambien ha fallecido otro ilustre veterano : el general Infante.

Hablemos de teatros, y en primer término del drama de Hurtado, *Entre el deber y el derecho*.

En diciembre de 1868, se estrenó en el Vaudeville de Paris, *Miss Multon*, drama en tres actos, escrito expresamente por MM. Belot y Nus para la famosa actriz Mlle Fargueil, y que es una fiel reproducción del mismo asunto, aunque con las situaciones cambiadas.

Miss Multon podria titularse con mas propiedad y exactitud el *Marido de dos mujeres*, pues Mauricio de Latour, sin la menor culpa por su parte, se halla con dos esposas de la noche á la mañana.

La primera le ha sido infiel, huyendo á Inglaterra con su seductor; y las noticias de los periódicos hacen creer que ambos han muerto abrasados en la catástrofe de un camino de hierro.

No ha sido así; y la mujer culpable, la madre desnaturalizada que abandonó á sus hijos, abandonada á su vez por su cómplice, torna despues de algunos años á Francia, enferma, pobre, desvalida. Aprovechando la circunstancia de buscar su consorte una institutriz para los niños, entra, suponiéndose inglesa, bajo el nombre de miss Multon, en la mansion conyugal, donde cree no ser conocida, animada del vehemente deseo de rescatar su faltá con el cuidado de los dos seres que le deben la vida; movida tambien por la esperanza de obtener un generoso perdon.

Pero encuentra su puesto ocupado; su marido ha vuelto á casarse, con una jóven noble, honrada, virtuosa, la cual le hace tan dichoso como infeliz le hizo ella; sus hijos, ya adolescentes, aman y respetan á su segunda madre.

La situacion es horrible para la supuesta miss Multon; la desventurada vive entre los mas crueles tormentos, celosa del amor que se profesa el matrimonio, celosa del cariño que sus hijos demuestran á su madrastra.

Llega un momento en que no puede resistir mas, y se descubre y reclama sus derechos.

— ¡Derechos! contesta el esposo ultrajado. ¡Todos los has perdido! ¿Quiéres que llame á tus hijos, que les descubra la verdad, que ellos sean, en fin, tus jueces?

— ¡No, no! replica con terror la madre criminal. Y entonces comprendiendo que lo hecho era irremediable; que aquella es la expiacion providencial de su culpa, miss Multon se aleja, y va quizá á morir á paisajes lejanos, victima, no de su enfermedad, sino de su incurable dolor.

En el drama del señor Hurtado, no hay nadie culpable, como no sea Luisa, de haberse consolado asaz pronto de la pérdida de su primer marido.

Pero tiene veinte años: su union ha sido breve, y aunque guardando un tierno, un dulce recuerdo de aquel que cree haber sucumbido en una batalla durante la guerra de la Independencia, se enlaza con otro hombre digno de ella por su posicion y por su talento.

Una hija viene á hacer mas estrechos, mas íntimos tales lazos. Y sin embargo, el nuevo matrimonio no es feliz; don Felix vive perpétuamente atormentado por la idea de que Luisa se acuerda siempre del difunto; mientras ella siente como un remordimiento secreto por haber reemplazado con otra su imagen dentro de su corazón.

Juan no ha muerto: herido y prisionero en la accion, ha sido trasportado á Francia, despues á Rusia, y cuando libre ya, quiere tornar á su patria, á su hogar, á su familia, sabe por un aviso anónimo y misterioso, que su mujer pertenece á otro hombre.

Cambia entonces su apellido; pónese el de Maldonado, y busca la muerte, que no encuentra, en el peligro, en los combates.

Han pasado doce años: el general Aguilar, padre de Juan, y único que tiene noticia de su existencia, vive cerca de Luisa, pero lejos de su hijo.

Temeroso del desenlace que puede tener aquella situacion terrible, no queriendo turbar la tranquilidad relativa de que disfruta su nuera, pone todo su cuidado en que esta ignore el fatal suceso, y en mantener alejados el uno del otro á los dos cónyuges.

Su alta posicion militar, sus relaciones en el ministerio de la Guerra, facilitan sus prudentes propósitos.

Luisa y Felix habitan en Talavera, y solo la casualidad puede llevar allí el regimiento que manda Juan. ¿Qué sería de los dramas sin la casualidad? Lo mismo que habria sido de la tragedia antigua sin la fatalidad, el mas poderoso de sus recursos y elementos.

Piérdese casualmente la carta en que el general prevenia á su amigo y compañero el ministro, que no enviara á su hijo á Estremadura; viene, tambien casualmente, alojado Juan á casa de Felix; y al verle, á todos llama la atencion la semejanza del brillante coronel con el pobre muerto.

Todas las nobles intenciones de este, su abnegacion, su generosidad, desaparecen y se extinguen al hallar á la mujer amada.

¡Cómo! Otro le ha robado el cariño de aquella; otro ocupa su puesto; otro, en fin, ha dado su nombre á la que tenia el suyo, y él callará, enmudecerá todavia, él llevará á cabo su triste, su ignorado, su cruel sacrificio.

¡No! El amor y el egoismo se despiertan en su al-

ma, iracundos, vengativos, impetuosos. ¿Qué le importan la vida, el reposo, la felicidad de su rival? ¿Qué le importa aquella bella niña que hace aun mayores su rencor y su amargura? ¿No es suyo el derecho? ¿No se lo reconoce, no se lo da la ley?

Vanamente el general Aguilar le habla el lenguaje de la razon, de la prudencia, del sentimiento; vanamente intenta que se compadezca de Felix, que no es culpable; de Angelina, que es inocente; de Luisa, que como las antiguas vestales, ha conservado siempre vivo el fuego de su primer amor.

Todo es inútil: Juan va á batirse con Felix; Juan va á proclamar á la faz del mundo que él es el esposo legitimo, que él solo tiene derecho para ocupar el tálamo conyugal; para dar su nombre á la mujer de dos maridos.

Pero entonces, cual una aparicion celeste, se presenta la niña Angelina, llorosa, triste, afligida.

Le han dicho que ha de separarse de su madre; que en lo sucesivo no vivirá á su lado; y como ella idolatra á la que le diera el ser, la débil criatura está segura de que morirá.

El lenguaje sencillo, candoroso, patético de Angelina, consigue lo que no han podido lograr las palabras, las exhortaciones ardientes del general.

Juan se conmueve profundamente ante aquel dolor tan verdadero, y volviendo á imperar en él los heroicos impulsos de antes, resuelve marchar á América á morir en defensa de su patria. Mas no irá solo: su noble y generoso padre le acompañará.

Bien planteado, bien conducido, bien desenvuelto, el drama peca á veces de inverosímil, especialmente en su desenlace.

En la Zarzuela se ha estrenado la traduccion de la opereta francesa *Madama Angot*. Esta obra ha servido, recordando nuestras desdichas, muy parecidas á las de Francia durante el Directorio, para que el público desahogue sus penas aplaudiendo.

Esto ha pasado en el momento solemne de la noche, durante la cancion de Adriana, que valió á su intérprete un brillante triunfo, y fué una demostracion pacífica, aunque elocuente del auditorio entero, contra ciertas y determinadas cosas.

Explicuemos la situacion dramática, para que se comprenda la importancia de este suceso cual sintoma de las corrientes de la opinion.

Clairette, ó Adriana, segun el autor español ha puesto á la heroína de la opereta, va á casarse con Pamponnet, á quien no quiere, porque está enamorada del poeta popular Pitou, perseguido por haber escrito diferentes canciones atacando á la República y á Mlle Lange, favorita del dictador Barrás.

A la hija de su madre le ocurre entonces una idea oportuna para aplazar cuando menos la boda: la de ponerse á cantar en medio de la plaza pública para que la lleven á la cárcel, una de las mas sangrientas diatribas de Pitou contra el gobierno republicano y sus seides, demostrando que durante él son mayores los males que en tiempo de la monarquía.

Hé aquí las dos estrofas de esta cancion, que levantaron un huracan de aplausos en todos los ámbitos del coliseo:

I.

Las favoritas mas discretas
Al rey vendian falso amor:
Pecaron siempre de coquetas,
Y no la halló Barrás mejor.

Fiel un pecho jamás palpita,
Por eso es hoy Larivaudière
Favorito de la favorita,
Que es cuanto un hombre puede ser,
Cualquiera, en fin, sospecharia
Que aun hay monarquía.
¡Y para ver tal situacion
Se armó la gran revolucion!

II.

Ya no es posible, ciudadanas,
La natural respiracion;
Pues ya por puertas y ventanas
Hay que pagar contribucion.
Ricos tesoros de sangre y plata
En guerras gasta la nacion;
Y si apresamos algun pirata,
De fijo viene reclamacion.
Si al extranjero le interesa
Será mala presa.
¡Y para ver tal situacion
Se armó la gran revolucion!

La actriz dijo y acentuó estos versos de la manera mas admirable, dándoles una intencion y un alcance extraordinarios.

Es imposible describir la sensacion que produjeron:

no hubo una boca que no gritara ¡bravo! ni una mano que estuviese inmóvil.

Hombres y mujeres, arriba y abajo, en las butacas como en el paraiso, en los palcos como en las galerías, todo el mundo aplaudia, todo el mundo pidió la repeticion, que naturalmente fué escuchada todavia con mayores trasportes de entusiasmo y placer.

Ultimamente se ha renovado la letra de dicha cancion, sustituyendo la primera de las dos que he citado con esta:

Hay de realistas una nube
Y es un columpio la nacion;
La Bolsa baja y el pan sube,
Y hay alcaldes de quita y pon.
De pretendientes hay gran caterva
Buscando el pavo y el turron,
Y en cambio alistan en la reserva
A los que tienen ocupacion;
Cojos y mancos ¡cosa extraña!
Saldrán á campaña.
¡Y para tanto batallon,
Quedó sin quintas la nacion!

El público aplaude que se las pela... es el único desahogo que se le permite.

Las funciones de Navidad han estado muy concurridas.

En el Apolo se ha estrenado con buen éxito la *Comedianta famosa* de Santisteban; en el Español se ha representado la comedia de Tirso *Desde Toledo á Madrid*.

No ha habido muchos estrenos como otros años; pero el público ha acudido á santificar las fiestas.

Se ha consagrado en el Senado, por la Sociedad de escritores, una sesion á leer las mas bellas composiciones de Breton de los Herreros.

Nada de libros nuevos.

En cambio hay nube de periódicos.

Hablemos de una de las cosas que interesa á los españoles de pura raza.

Muy pronto estará concluida la nueva plaza de toros, á juzgar por la rapidez con que avanzan las obras, siendo ya seguro que para la próxima temporada taurina se hallará disponible. El edificio forma un polígono de sesenta lados y tiene 52,50 metros de radio. La altura de la fachada es de 15,62 metros y se halla dividida en tres cuerpos que guardan entre si la mas perfecta armonía.

El primero, ó sea la planta baja, lo forman dos galerías de circulacion, á las que dan, para mayor comodidad del público y el mejor servicio de la plaza, doce puertas de 5,50 metros de alto por 3 de ancho. Dichas galerías, sobre las que hay otras dos que conducen respectivamente á palcos y gradas, tienen 4,50 metros de ancho la primera y 3,40 la segunda, siendo la altura de ambas de 7 metros, y recibiendo la luz por 60 arcos de 5,50 metros cada una por 3,50.

El piso principal es el destinado á gradas, y el segundo á palcos; ascendiendo el número de estos como el de aquellas á 120, separados por 240 columnas de hierro, el cual, como todo lo empleado en el armazon de la plaza, procede de la fábrica de Ibarra, establecida en Bilbao, y de la fundicion de Bonaplata. Por último, la techumbre es de teja árabe combinada á cordones negros y blancos, lo cual produce el mejor efecto á la vista.

La arquitectura es de estilo mudejar, siendo de admirar las bellísimas labores árabes que decoran el techo del portalon de entrada.

El redondel tiene 60 metros de diámetro, y el paseo de barrera 2,10 de ancho. El número de espectadores que podrá contener esta plaza es el de 13,000.

¡Pan y Toros! lo mismo que en el siglo pasado.

Al cerrar esta revista se teme que en los primeros dias de enero la política se anime demasiado.

Esta animacion significa... pero no nos anticipemos los sucesos.

Nuevamente os desea todo género de felicidades, el revistero

JULIO NOMBELA.

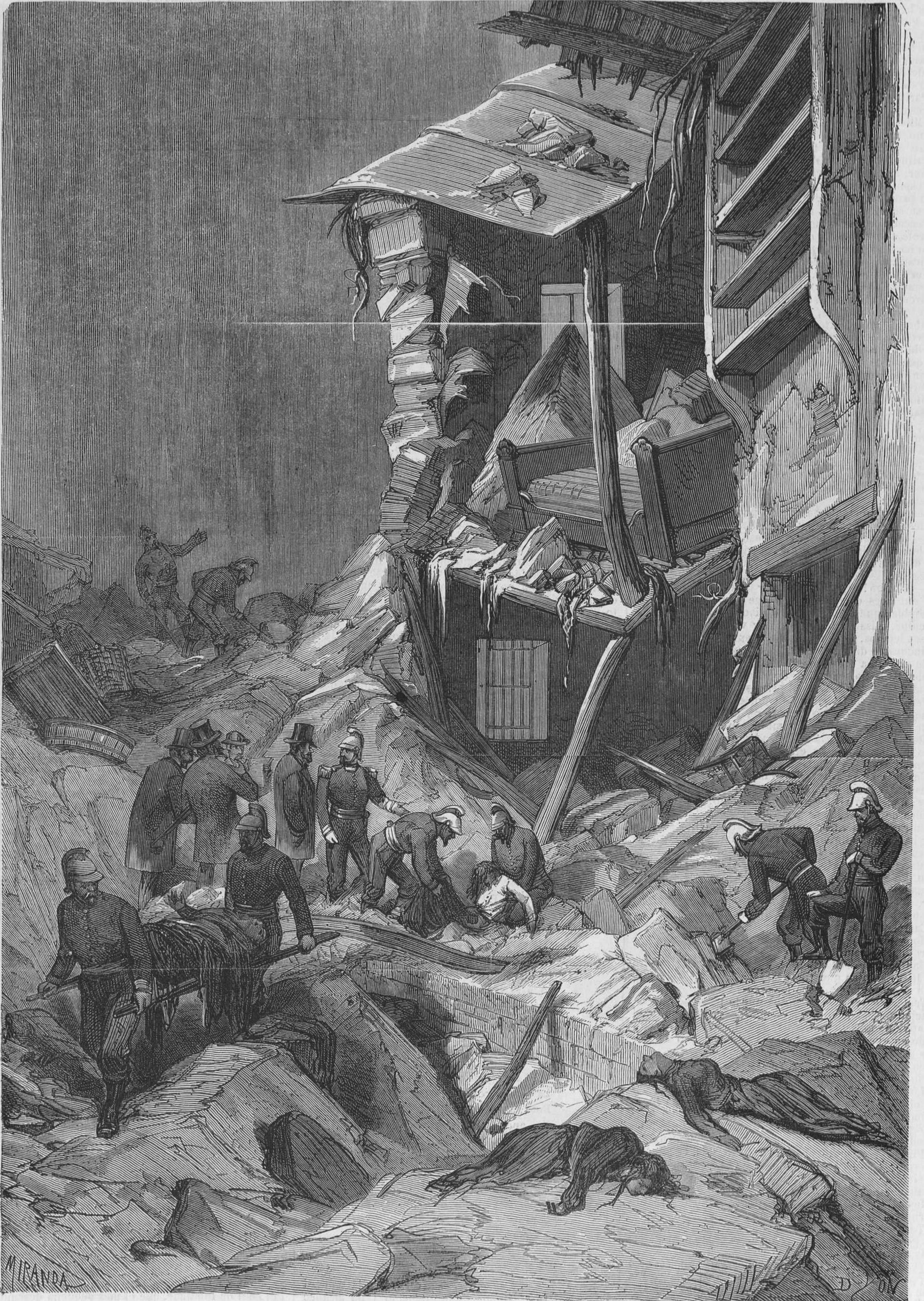
Madrid 31 de diciembre de 1873.

La explosion de Vincennes.

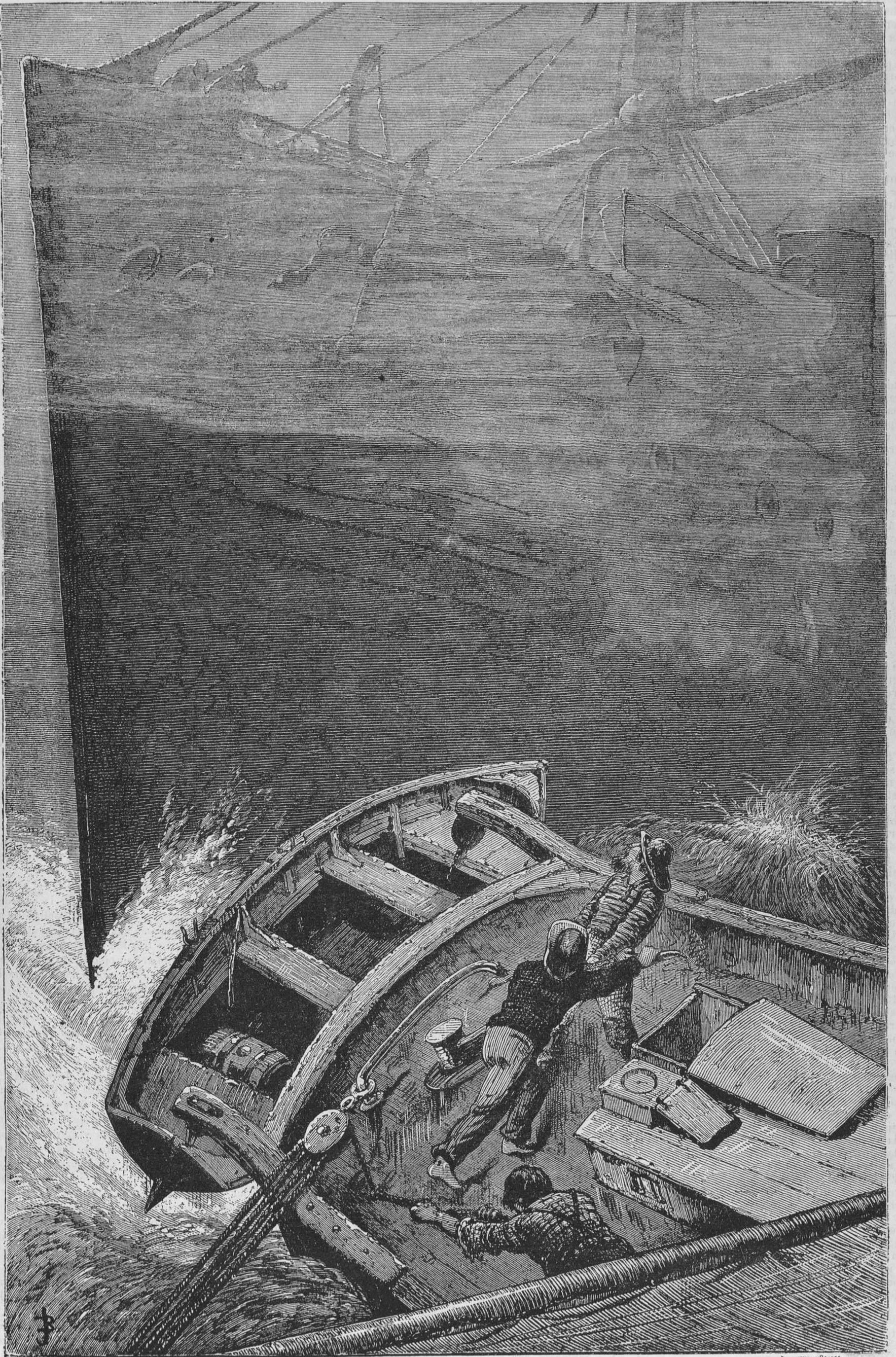
En la mañana del 27 de diciembre último, una espantosa detonacion se hizo oír en Vincennes, poniendo en emocion á todo el barrio. Era la fábrica de cebo para pistolas de niños, de la propiedad de M. Masson, que acababa de saltar.

Con motivo de la proximidad del primer día del año, se habian recibido numerosos pedidos, y por consiguiente, la fábrica tuvo que redoblar su actividad. Todavía se ignora cómo se produjo la explosion; pero se presume que la imprudencia de una obrera ha sido la causa de este desastre. El fulminante de mercurio que se emplea en el cebo de las pistolas, es un producto tan fácil de inflamar, que el mas pequeño descuido es suficiente para producir una explosion.

El taller, en que solo trabajaban mujeres, se ha



CATÁSTROFE DE VINCENNES. — Aspecto de las ruinas de la fábrica de fulminato de M. Masson, despues de la explosion.



LOS CHOQUES EN EL MAR. — Encuentro de una lancha pescadora con un vapor trasatlántico.

Phot. Yves-Harves

hundido, envolviendo entre sus ruinas á diez de estas desdichadas. Los bomberos y varias personas que no tardaron en llegar al sitio de la catástrofe, procedieron con el mayor ardor á buscar las víctimas; operación que no carecía de peligro, pues á cada paso que daban podían encontrar nuevas materias explosivas.

En los primeros momentos se retiraron cinco cadáveres completamente ennegrecidos y desfigurados, y despues se extrajeron de los escombros otras cinco quemadas y mutiladas que no tardaron mucho en morir en el hospital. Las llagas que cubrían su cuerpo les daban un aspecto horrible, porque el fuego parecía que las había arrancado la piel, que caía á pedazos.

El entierro de estas pobres mujeres tuvo lugar el 29 y 30 de diciembre á expensas del gobierno. Cuando se supo en París esta catástrofe, algunas personas entregaron varias sumas en el ministerio del Interior, para atender á las necesidades de las familias de las víctimas. Entre estas personas debemos citar al Prefecto de Policía, que remitió 4,000 francos; M. de Rotshchild, 2,000, entregando igual suma M. Richard Wallace.

Un choque en el mar.

A cada nuevo siniestro marítimo que tenemos que deplorar, la opinión pública reclama las medidas más eficaces para evitar semejantes catástrofes. Una de las disposiciones que exige la seguridad de los navegantes es poder establecer á bordo de los buques una luz clara é intensa, de modo que con el auxilio de sus fuegos los buques conozcan su posición respectiva y la dirección que deben seguir. En este concepto, es de lamentar que el uso de la luz eléctrica no se haya generalizado, cuando tan admirables resultados dieron los ensayos que se hicieron en el buque de vapor trasatlántico *San Lorenzo*. Se asegura que una comisión nombrada por el ministerio de Marina estudia en la actualidad los medios más adecuados para que pueda apercibirse desde lejos la presencia de un buque, cualquiera que sea la oscuridad que reine y la intensidad de la niebla. Los fuegos intensos, las campanas y los silbidos de la máquina de vapor, que tanto se elogian, es seguramente aceptable para los grandes buques, pero que no pueden introducirse en buques veleros de media tonelada, bergantines, goletas, etc., que hacen el comercio de cabotaje, y menos aun en barcos de pescadores y de pilotos.

Desgraciadamente es incontestable que en aguas muy frecuentadas, como el canal de la Mancha, la embocadura de los grandes ríos navegables y las cercanías de Nueva York, etc., las barcas de pescadores y pilotos se ven sorprendidos con mucha frecuencia con la aparición de un gigantesco buque de vapor que la noche ó la niebla le ha impedido apercibir y evitar su encuentro.

Los marinos que representa nuestro grabado se han visto próximos á perecer... Un instante más y su muerte era segura. Cuando dos de los marineros se apercibieron del peligro que corrían, se echaron sobre la caña del timón, mientras que un tercero cambia la dirección de la vela. Entonces la barca, obedeciendo instantáneamente á este impulso tan violento, como si conociera el peligro en que se encontraba, saltó sobre las olas... Por fin estaban en salvo, porque el coloso solo había rozado la barca; pero desgraciados otros muchos, que, cogidos al través con su taja-mar, se ve la barca hundida, cortada y casi pulverizada, y entregada la débil barquilla á merced de las olas. En aquel momento se oyen algunos crujidos, seguidos de juramentos, gritos de agonía y de desesperación; un momento despues solo se percibirá el monótono ruido del choque de las olas... Aunque los que están á bordo nada ven, comprenden el siniestro que acaba de tener lugar, y los marinos que estaban de guardia se precipitan sobre la proa, y si el oficial es humano hace detener el buque, lanza una boya y todo lo que está al alcance de su mano, y despues hecha al mar una lancha; pero la noche es tan oscura, que buscan al azar, porque es tal la velocidad del buque, que cuando llegan los socorros al sitio de la catástrofe, los naufragos, extenuados ya de fatiga, han cesado de luchar con la muerte. Algunas veces el capitán, juzgando inútil ó peligroso para su tripulación hacer la menor tentativa de socorro, se contenta con contestar *bien*, cuando le anuncian el lúgubre accidente que un momento antes ha tenido lugar, continuando entre tanto el buque su camino. Al día siguiente y los sucesivos las viudas y los huérfanos de estas víctimas irán varias veces á la playa, buscando en vano la vela tan querida y que tan fácil era reconocerla entre mil.

Para estos pequeños buques es preciso inventar aparatos con que puedan hacer señales durante la noche, porque si bien el abordaje de una barca hace muy pocas víctimas, son no obstante, muchas las que salen del puerto, y que si no se las ve volver, la habilidad reconocida de la tripulación y el estado del mar basta para alejar la idea que hayan perecido en un naufragio ordinario. P. L.

Revista de Paris.

Estamos en la semana en que deben comenzar las fiestas anunciadas en el palacio del Eliseo. El mariscal de Mac-Mahon, presidente de la República, se halla ya en París, y los convidados al primer baile del 14 de enero se preparan á inaugurar brillantemente las fiestas de la presidencia. Parece ser que las invitaciones pasan de 3,000; y sin embargo, no se vaya á creer que son bastantes relativamente á las pretensiones. En vano se dice y se repite que París está desanimado; que la carestía de todas las cosas debida á los nuevos impuestos gubernamentales y municipales, hace difícil la vida y faltan los recursos que antes sobraban para el presupuesto de los placeres; pues lo cierto es que las diversiones públicas hacen buenos negocios, los bailes de máscaras tienen gente en abundancia, y al paso que se cierran tiendas y muchas casas que se creían sólidas, se ven en la dura necesidad de entregar sus libros al tribunal de comercio, se abren cada día nuevos establecimientos destinados á conciertos, teatros y bailes.

¿Cómo no sería así en este círculo inmenso donde se mueve la población parisiense? No cabe duda que nos hallamos muy lejos de los esplendores de antes de la guerra; que los ánimos no están tranquilos completamente; que la carestía es un mal positivo y verdadero; pero no obstante todo esto, París conserva en gran parte sus familias opulentas y conserva sobre todo esa inclinación tan pronunciada de todos sus habitantes, en favor de las distracciones que se encuentran acomodadas á todas las clases, hasta las más pobres.

¿En dónde más que en París puede un autor dramático hacerse una fortuna, á veces con una sola obra? Los escritores como Dumas, Victoriano Sardou, Emile Augier y otros de menos significación literaria, pero no menos aplaudidos por el público, se envanecen con justicia de haber ganado á la vez honra y provecho. Son personajes importantes fuera de su profesión en la que brillan en primer término, y se adquieren con el cultivo de las letras una posición social que rara vez se conquista en otros países por los mismos medios. ¿Qué de agasajos, qué de honores! La Legion de honor los cuenta entre los suyos y acaban por conquistarse el clásico uniforme de la Academia francesa.

Emile Augier es académico hace tiempo y Alejandro Dumas está haciendo estos días las visitas de ordenanza en busca de sufragios, para ocupar el sillón vacante de M. Lebrun, teniéndose por seguro que será elegido.

La solemnidad de la recepción es el coronamiento de todas las recompensas que puede recibir el escritor parisiense.

El jueves último hemos tenido una de estas fiestas y bien interesante en verdad, porque se trataba de reemplazar á un hombre eminente, M. Merimée, cuyo elogio está en todas las bocas. M. de Lomenie era el llamado á recoger esta ilustre sucesión, y Jules Sandeau estaba encargado de contestar al discurso del nuevo académico.

M. de Lomenie es un autor poco conocido de la masa del público; y sin embargo, hace cosa de treinta años dió á la estampa una colección de biografías de contemporáneos ilustres que fué muy leída y celebrada no solo en Francia sino en toda Europa. Pero M. de Lomenie escondió su nombre y se llamaba en la portada de sus opúsculos *Un homme de rien*. Fué un enigma que picó la curiosidad y tardó en descubrirse.

M. Jules Sandeau, á propósito de la originalidad de estos estudios biográficos, dice lo siguiente en su discurso:

«Parece que en materia de biografías habeis llevado la originalidad hasta sus últimos límites. Habeis sabido hablar de todos los personajes de nuestro tiempo, sin herir á ninguno. Habeis frecuentado todos los salones célebres de nuestra época, y en ninguna parte habeis dejado señal de traición ó de perfidia. No habeis buscado la popularidad, ni en el escándalo, ni en la agresión, ni en las murmuraciones. Siempre se os ha visto justo y exacto sin malicia ofensiva. No hay uno de vuestros modelos á quien no podais mirar de frente y que no esté dispuesto á tenderos la mano. En suma, os tengo por el biógrafo más original que se haya observado hasta aquí, y por tal concepto, si existiera en París como en Londres un club de hombres excéntricos, mereceriais la presidencia de derecho.»

Estas líneas dan á conocer plena y satisfactoriamente los títulos que ha podido presentar á su elección M. de Lomenie y que le han servido.

Veamos pues, cómo este juez tan competente en materias biográficas, hace en su discurso el elogio de M. Merimée y nos señala su hoja de servicios en la literatura, á la par que nos cuenta los rasgos más interesantes de su vida.

Sabido es que M. Merimée está considerado como un escritor de imaginación con brillantes cualidades de esti-

lo; M. de Lomenie no se encierra en este exclusivismo.

A su juicio, M. Merimée es una organización intelectual, que merece un puesto único porque se hallan reunidas en él facultades que, por lo regular, nunca se ven juntas.

«Hay que reconocer, añade, que siendo uno de nuestros novelistas más conmovedores, ha podido cuando ha querido, mostrarse también el más escrupuloso y sagaz de los investigadores, ya en el dominio de la historia, donde se complacía en elegir los asuntos más erizados de dificultades, ya en el de las artes, principalmente en la arquitectura que había estudiado en todas sus edades bajo todas sus formas, religiosa, militar ó civil, ya en el dominio de la filología, donde sin producir ningún trabajo especial, ha probado por una multitud de observaciones esparcidas en sus obras que conocía á fondo no solo las lenguas y las literaturas de la antigüedad clásica, sino casi todos los idiomas modernos de la Europa. Su última pasión tuvo por objeto el estudio de la lengua y de la literatura rusas que poseía mejor que ningún francés de su tiempo y quizás de todos los tiempos.»

M. de Lomenie habla seguidamente de los primeros trabajos literarios de M. Merimée y de las ideas liberales de la juventud de la Restauración, lo cual le introduce de lleno en la política. Este paréntesis nos vale un retrato de M. Guizot, una de las ilustraciones de aquella época y padrino de M. de Lomenie en la recepción, retrato en que se distingue la mano maestra del autor de la «Galería de los contemporáneos.»

Hé aquí sus palabras:

«¿Podría yo olvidar al principal de todos aquellos hombres, al que casi todos han llamado su maestro y que todavía se sienta entre vosotros? Ante tan venerable figura, el elogio es de derecho, pues habiéndose hecho extraño, no á los intereses de la patria que le serán caros hasta la última hora de su vida, sino á las luchas, rivalidades y parcialidades ardientes de la política activa, parece pertenecer ya á la posteridad; y sin embargo, al cabo de sesenta años de admirables trabajos, despues de haber ilustrado, conmovido, entusiasmado y á veces dominado á tres ó cuatro generaciones con la palabra ó con la pluma, á la edad que es para los demás hombres no solo la vejez sino la decrepitud, conserva aun todo el vigor, toda la savia de una inteligencia poderosa y fecunda.

»¿Qué digo? Hay más aun: se renueva. El historiador filósofo que en 1828, hace cuarenta y seis años, agrupaba los hechos por grandes masas dedicándose á juzgarlos, mas que á exponerlos, se hace en 1874 un narrador incomparable; tan pintoresco como sabio, escribe nuestros largos anales en un bello libro destinado á la juventud y donde los hombres todos pueden encontrar instrucción y recreo. La vejez famosa de ciertos autores de que se ha hablado tanto, la de Fontenelle, la de Voltaire y la de Goethe, palidecen seguramente comparadas con esa vejez única. Con justicia se enorgullece de semejante hombre la Academia, y esperamos que la Providencia le conservará todavía durante largo tiempo.»

En cuanto á la juventud de Merimée, el nuevo académico nos habla de los esfuerzos que hizo su antecesor por completar la mediana educación que recibió en el colegio de Enrique IV.

Aprendió muchas lenguas, entre ellas el español, y sus estudios no le impidieron frecuentar la sociedad donde adquirió muy luego los modales del hombre de mundo.

Las obras de Merimée han sido muchas. M. de Lomenie cita sus títulos y termina de este modo:

«Los antiguos no creían mucho en el progreso: nada más conocido que los expresivos versos de Horacio, anunciando á los romanos una decadencia irremediable de generación en generación. Es una idea pagana que rechaza el cristianismo, cuando prohíbe al hombre que desespere ni de sí mismo, ni de su posteridad, ni de su patria; pero sería peligroso también abandonarse al optimismo: sería peligroso creer que el progreso se cumple por una ley irresistible, sin intervención de la voluntad humana, que no se interrumpe nunca y que los últimos que nacen, son necesariamente los mejores. Muy dudosa es la cuestión de saber si somos nosotros superiores á nuestros padres. Desde hace más de veinte y cinco años nos consagramos á reproducir sus errores, sus oscilaciones enervantes entre la anarquía y el despotismo, y hasta se han vuelto á ver crímenes que se creyó no se repetirían nunca; finalmente, no ha sido preciso hoy para vencernos que se forme otra vez la coalición de toda Europa. Empero, si quizás debemos confesarlos que no valemos tanto como nuestros padres, trabajemos siquiera en hacer mentir al poeta pagano educando hijos de los cuales se pueda decir: Valían más que nosotros.»

M. Jules Sandeau pronunció un discurso muy corto; pero muy abundante en anécdotas y escrito con el brillante estilo propio de su pluma.

Nos detendremos poco en su análisis por no alargar demasiado nuestra crónica. Sin embargo, hé aquí un hecho inédito, referente á Merimée, y que por lo extraño se destaca extraordinariamente en su discurso,

Merimée se dió á conocer cuando se inauguraba en Francia el movimiento romántico, y al punto se distinguió con mucho brillo, pero también con cierta ironía que dejaba ya algunas dudas sobre la naturaleza de sus intenciones.

« El hecho es, añade M. Jules Sandeau, que no permaneció largo tiempo al servicio de la idea nueva. ¿Me será permitido, deslizar aquí una anécdota que parecerá bien aventurada en este pacífico recinto, ante este brillante auditorio, y que sin duda se me perdonará en favor de la alusión y la oportunidad? El mismo Merimée me la ha contado, sin recelar entonces la aplicación que yo la daría.

» Era el 29 de julio de 1830, cuando tocaba á su fin la lucha. Un hijo de París, uno de esos intrépidos pilluelos que aparecen siempre en todas las insurrecciones, tiraba desde un puente de la orilla izquierda del río al Louvre que atacaban. No escaseaba ni el plomo ni la pólvora; pero tiraba de lejos y novicio aún en el manejo de las armas, tiraba mal y no acertaba nunca. Testigo de su torpeza é inexperiencia, un particular que se paseaba como curioso, se llegó á él cortésmente, tomó el fusil de sus manos, y después de darle algunos buenos consejos sobre la manera de manejarle, queriendo unir el ejemplo al precepto, apuntó magistralmente á un guardia suizo que de pié en el marco de una ventana gastaba sus últimos cartuchos haciendo frente al pueblo. Salió el tiro y cayó el soldado extranjero. Sobre esto el desconocido entregó el fusil á su dueño, y como el muchacho maravillado, le dijera que continuase, él contestó:

» — No; no son esas mis opiniones. »

No porque se entretenga en contar anécdotas, M. Jules Sandeau olvida lo principal, que es poner de relieve el carácter del talento de Merimée. En cuatro líneas resume su opinión del modo siguiente:

« Tal es la exquisita perfección del arte que poseía, que ella reemplaza en sus obras la poesía y hace las veces de ideal. Solo le ha faltado á Merimée para ser completo, la plena expansión de sí mismo, mas ternura en la pasión y ese no sé qué de humano y de divino que resalta en Virgilio y Racine. »

La escogida concurrencia que asistió á esta sesión demostró repetidas veces con sus aplausos el interés que sucesivamente despertaron ambos discursos.

La semana próxima comenzarán en el Teatro Italiano las representaciones de ópera francesa. Parece ser que M. Halanzier ha encontrado la sala Ventadour con mejores disposiciones de lo que se creía para el espectáculo que dirige. Lo celebramos, aunque ponemos en duda que semejante escenario pueda servir para el aparato colosal que exigen tales funciones.

Sea como quiera, el lunes 19 de enero se dará el *Don Juan*, y dícese que seguirán á esta ópera la *Muda*, *Roberto el diablo* y los *Hugonotes*, cuyo material no pereció en el incendio.

Si el gobierno se ha decidido por esta combinación, ha comprendido perfectamente que la prueba debe durar lo menos posible, y así es que acaba de presentar un nuevo proyecto de ley, á fin de que la Asamblea le autorice para tomar prestada una suma de 6 millones que se necesita para concluir el nuevo edificio. Todos los años se vota un millón para la continuación de los trabajos, y este millón servirá durante seis años para amortizar las obligaciones del préstamo.

¿Cómo esperar siete años en las malas condiciones en que se ha de explotar ahora la concesión de la Ópera francesa? No hay duda que el gobierno está en lo cierto: conviene terminar cuanto antes el nuevo y suntuoso teatro que debe dar la subsistencia á muchos miles de familias y la vida y el movimiento á un barrio que no es lo que debe ser mientras tales obras no se concluyan.

Entre tanto M. Strakosch saca partido de la situación, y todos los aficionados á la bella música acuden á su teatro.

Cada función nos da á conocer algún nuevo artista.

La última que hemos visto ha sido *Lucía*, con Mlle Heilbron, conocida ya, y el tenor Genevoix, que se presentaba por primera vez al público parisiense. Se necesitan facultades trágicas eminentes, mucho más de lo que parece, para el buen desempeño de la parte de *Lucía*, y Mlle Heilbron se halla todavía muy al principio de su carrera: sin embargo, en toda justicia debemos decir que estudia y trabaja con conciencia, sacando el mejor partido posible de los medios insuficientes que posee. En cuanto al tenor Genevoix tiene una voz nada desagradable y canta naturalmente y sin esfuerzo. De todos modos, hay momentos en que podría dar más expresión, pues esa misma naturalidad tan continuada carece de relieve y de colorido. Esta semana tendremos la *Cenerentola* con la Bellocca y todo el elemento italiano de la compañía. En la próxima revista hablaremos de esta obra maestra de Rossini.

MARIANO URRABIETA.

POESIAS.

SONETO.

Á MARTA.

El fuego torna en cal la roca eria,
En blanda cera el bronce áspero y duro,
En fulgido cristal el hielo oscuro,
En cálido vapor el agua fría.

Arde sobre la inmensa mar bravía,
Brotta del pedernal brillante y puro;
Convierte en plata el mineral impuro,
La nube en rayos y la noche en día.

Alma es del Orbe: anima cuanto toca,
Y en todo está, como elemento fuerte
Del ser, que sin su apoyo se disloca;

Menos en tí, mujer, que eres inerte
Mas que el hielo, que el bronce y que la roca,
Rival terrible de la misma muerte.

JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR.

LA MADRE Á SU HIJO.

Hijo mio, hijo mio inocente
Que los ángeles cubran tu sien;
Ornen flores tu cándida frente,
Para tí sea el mundo un Eden.

Al pasar en la tierra, sus dones
Anegando tu vida en delicias
Con eternas y suaves caricias
Te prodigue el divino Creador.

Que tu alma se inspire tan solo
De virtud depurada en la esencia,
Y que guie tu grata existencia
De la gloria el deseado esplendor.

Tú eres jóven, del crimen odioso
No te envuelvan las olas del mundo,
Y tu pecho en los bienes fecundo
Nunca agiten los genios del mal.

En tu mente germine lo justo,
Hacia Dios los pensamientos avanza;
De ese modo tan solo se alcanza
La mansión de la dicha eternal.

Hijo mio, hijo mio inocente
Que los ángeles cubran tu sien;
Ornen flores tu cándida frente,
Para tí sea el mundo un Eden.

Cuando brille á tus ojos el orbe
Con su pompa, perfumes y galas,
Y á tu antojo magníficas salas
Bello encanto te ofrezcan quizás;

Nunca olvides que es humo ligero
El placer mas inmenso en la tierra,
Y que el goce mas grande que encierra
Pasa luego cual sombra no mas.

Hijo mio, hijo mio inocente
Que los ángeles cubran tu sien;
Ornen flores tu cándida frente,
Para tí sea el mundo un Eden.

Cuando sientas bullir en tu alma
Las pasiones con loca ventura,
Y te brinde la dulce hermosura
Los halagos ardientes de amor;

Nunca olvides que dicha cumplida
En sus días el hombre no alcanza
Y que tras de la bella esperanza
Va el engaño y el triste dolor,

Hijo mio, hijo mio inocente
Que los ángeles cubran tu sien;
Ornen flores tu cándida frente,
Para tí sea el mundo un Eden.

MANUEL ANTONIO HURTADO (CHILENO).

Cuadros de costumbres.

EL PERMISO DE RESIDENCIA.

¡ Pobres saltimbanquis! Ganan penosamente la vida corriendo las ferias, yendo de aldea en aldea, aceptando filosóficamente el mal presente, sin cuidados por lo futuro y tratando de olvidar sus pasadas penalidades.

Adonde quiera que llegan están seguros de ser bien recibidos, al menos por las poblaciones trabajadoras que admiran sus ejercicios y celebran sus chistes; pero no es lo mismo por parte de las autoridades, cuya benevolencia tratan de grangearse desde luego. Efectivamente, sin *permiso de residencia*, maese Martín no podrá ostentar sus gracias en la plaza pública, ni tampoco maese Bertran podrá lucir su magnífico uniforme. En suma, sin la licencia de la autoridad, no hay función, y por lo tanto, no hay subsistencia.

Así sucede que esa pobre gente se hace humilde y cortés ante el señor alcalde, que clava en los vagabundos miradas escudriñadoras. Hasta el mono parece tener conciencia de la situación, y comprende que se trata de su cena. Solo los osos están indiferentes; están en la quietud de la fuerza, que cuenta consigo misma. ¿No han de encontrar ellos qué cenar, aunque sea devorando al alcalde? El oso con poco se contenta.

Nuestro dibujo, que representa esta escena, es copia del bonito cuadro de M. Simon Durand, obra celebrada hoy por el mundo inteligente.

R. S.

Una expulsión en Irlanda.

En los diversos artículos que hemos publicado acerca de la Irlanda, hemos tenido ocasión de demostrar la miserable existencia que arrastran los habitantes de este país.

Mientras que en las ciudades se carece de industria, y el comercio es casi nulo, en el campo solo se ve la mas horrible miseria, pues todos los colonos y pequeños propietarios se encuentran completamente devorados por los agentes que representan á la propiedad territorial, viéndose obligados en tan penosa situación á emigrar de su patria.

Debe convenirse, sin embargo, que el carácter apático del irlandés contribuye en gran parte á sostener el mal que les devora, y que con un poco mas de actividad les seria fácil escapar de las persecuciones de que son objeto.

Con una administración como la que existe en Irlanda, compuesta de agentes que carecen de escrúpulos, es fácil comprender la suerte que espera al pobre enfitéuta que vive en la mayor miseria, sin otro beneficio que morir en su covacha, que felizmente no le pertenece.

El aldeano que es propietario de un pequeño dominio, no muere siempre en su casa; y mirada su posición bajo este punto de vista, es todavía mas aflictiva que la del enfitéuta, pues si bien vive en su propia morada, su pereza le obliga no pocas veces á tomar prestado, y esta deuda se va aumentando hasta que se ve obligado á entregarse á merced del tribunal de la Cancillería, que como ya sabemos, se apodera, con arreglo á una legislación especial, de toda la propiedad gravada con hipoteca. Entonces una cuadrilla de recaudadores y empleados se presenta delante de la casa, precedida de una escuadra de *mounted constabulary* que van á auxiliar á la justicia, para proceder á la expulsión del propietario ó del enfitéuta insolvente, poco dispuesto á ceder voluntariamente su casa á los invasores. Nuestro dibujo representa uno de esos dramas, que tan comunes son en Irlanda.

Los agentes de policía están formados con el arma al brazo delante de la casa condenada, interin que sacan los muebles, después de haber expulsado de ella á los habitantes. Hombres, mujeres y niños están sentados sobre una piedra ó tendidos en el suelo, contemplando con aire sombrío el saqueo de su pobre morada. El padre está de pié con el semblante contraído y apretando los puños de furor. En esta triste situación, ¿qué espera? ¿Contará con los que tal vez al día siguiente se verán en la misma posición que él? En efecto, mirad cómo avanzan los vecinos del pueblo armados de palos, horquillas y mayales. Muy en breve empezará el combate, y aunque no pocas veces salen vencedores, con la victoria solo consiguen aplazar el cumplimiento de la sentencia, porque siempre la ley debe cumplirse, por inhumana que sea.

Dura lex, sed lex.

L. G.



CUADROS DE COSTUMBRES. — El permiso de residencia.



COSTUMBRES IRLANDESAS. — Una expulsion.

Los Vascongados.

OBSERVACIONES SUGERIDAS POR LA LECTURA DEL LIBRO QUE CON ESTE TÍTULO HA PUBLICADO EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON MIGUEL RODRIGUEZ FERRER.

(Conclusion).

V.

He terminado la parte para mi verdaderamente ingrata, que es la de la censura, y solo me resta la agradable, que es la del elogio. Desgraciadamente no podré detenerme en esta última como en la primera, porque si así lo hiciera, este escrito sería casi tan largo como el libro que le inspira.

Creeráse despues de lo que llevo dicho, que en la obra del señor Rodriguez Ferrer los errores son tantos, que entre los aciertos guardan la proporción de una gota de agua con la del Océano. No, no debe creerse esto. El libro tiene 350 páginas, y si hay 50 que merecen solo censura, hay 300 que merecen solo aplauso. Aun las primeras son dignas de cierta indulgencia, porque los errores del señor Rodriguez Ferrer no proceden de la malevolencia, sino de la falibilidad humana, á que todos, y yo el primero, pagamos triste tributo.

Como ya he dicho, sin tener un gran conocimiento práctico é íntimo de las cosas vascongadas, como le tenemos de las cosas propias, por aquella razon vulgar de que mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, se va haciendo poco menos que imposible escribir ó hablar de ellas sin incurrir en graves errores, porque ha enturbiado y aun emponzoñado mucho las fuentes en que el escritor ó el orador extraño bebe sus noticias, esa poderosa falange que hace un siglo se dedica á despojar de todas sus glorias al pueblo vascongado, á ese pueblo que á pesar de su exigüidad y de su pobreza, aparece desde tiempo inmemorial siempre mezclado y casi siempre en primera linea en los ejércitos del progreso y la gloria de España, como le presenta el señor Rodriguez Ferrer.

Cualesquiera que sean los merecimientos del señor Rodriguez Ferrer como escritor, los tiene muy grandes é indisputables como ciudadano. « Ciudadano ilustre de esta noble tierra » le llamaba un día un periódico vascongado, y tambien pueden llamárselo los de Cuba, cuya arqueología é historia natural ha ilustrado con pacientísimas, dispendiosas y doctas investigaciones que son ya patrimonio público.

Sería una insigne injusticia, al juzgar las obras de hombres como el señor Rodriguez Ferrer, ver los errores para condenarlos y no ver los aciertos para aplaudirlos.

Debo repetir que las tres primeras partes del libro de mi digno amigo son para este título muy legítimo de gloria por la ingenuidad, la tersura, el sentimiento y la erudicion con que están escritas. Sobre todo, la parte dedicada á las empresas lingüístico-bibliográficas del ilustre principe Luis Luciano Bonaparte, sobre ser materia nueva, está desempeñada con inteligencia y sentimiento admirables. La historia de las exploraciones lingüísticas tendrá siempre que agradecer mucho al señor Rodriguez Ferrer, que ha escrito uno de sus mas curiosos y merecidos capítulos.

La extensa parte que el autor llama ilustraciones y comprobantes, y que no se limita á la insercion de documentos justificativos, sino que está nutridísima de doctrina propia, esta parte, sin dejar de participar de las bellezas de la que la precede, es la que mas necesita de correctivos. Ya confiesa el señor Rodriguez Ferrer que los necesita, y anuncia que se esforzará en purgar su obra de errores cuando haga una nueva edición. Tales y tan desfavorables circunstancias han coincidido con la primera, que deben tenerse muy en cuenta para disculpar los errores del autor. Empezó este su trabajo por una série de artículos destinados á la REVISTA DE ESPAÑA, y como algunos de sus amigos le aconsejásemos que diese forma de libro á aquellos curiosos y bien intencionados escritos, se decidió á ello aprovechando la composición tipográfica de la REVISTA; pero para que el libro fuese verdadero libro y no un opúsculo, hubo de agregar á la parte publicada las ilustraciones y comprobantes que ya he dicho son la parte mas extensa de la obra, y este último trabajo tuvo en su contra, no solo el inconveniente de la improvisacion, sino tambien el mas grave de no permitir al autor las circunstancias políticas consultar á muchos de sus amigos peritos en las cosas vascongadas, ni acopiar en aquel pais nuevos datos para la mayor ilustracion y perfeccion de su trabajo.

Pero aparte del mayor ó menor mérito que este tenga en otros conceptos, le tiene grandísimo por el fin principal á que se encamina y domina en él sobre todo. Hé aquí cómo el señor Rodriguez Ferrer explica este fin y los demás que han puesto la pluma en su mano: « A tres cosas aspiro en estas páginas: la primera y principal, señalar, en medio del torrente invasor de anti-sociales ideas, un punto consolador, un pueblo que, no absorbido aun por inundacion tan triste, rinde culto al verdadero derecho y á las santas afecciones del hogar, receloso de que estos bienes

podieran ser lastimados por la política y sus partidos, en vez de ser defendidos y presentados por todos como ejemplo de pueblos libres, morigerados y cultos.

» La segunda, reunir en un solo cuerpo, y en muy pocas hojas, cuanto pudiera interesar la curiosidad del propio y del extraño sobre el pais vascongado, su arqueología, su critica histórica, las noticias de su suelo, las condiciones de su raza y el monumento vivo de su lengua.

» La tercera, pagar en nombre de nuestra patria en general y de estas provincias en particular, una deuda de gratitud al filósofo, al personaje ilustre, cuyos difíciles trabajos han tenido por blanco uno de los elementos mas seculares de nuestro abolenjo y de nuestra remota nacionalidad. »

De cómo ha desempeñado el señor Rodriguez Ferrer sus secundarios propósitos, ya he dado alguna idea; de cómo ha desempeñado el principal, la he dado tambien; pero ha excedido de tal modo el desempeño al propósito, que me parece haber dicho poco para encarecerlo y aplaudirlo.

Antes de resumir en pocas líneas lo que he dicho y pienso del libro del señor Rodriguez Ferrer, voy á trascribir algo de lo que el autor dice al concluir, tambien como resumen de su principal objeto y trabajo.

Despues de consignar que cuando empezó este, la paz material reinaba por todo el ámbito de las cuatro provincias Vascongadas, y solo en su orden moral se preludiaba ya al cambio actual de sus destinos, añade, y debo advertir que en todo esto estoy sustancialmente conforme con el señor Rodriguez Ferrer, á quien nadie se atreverá á tachar de reaccionario:

« Desde 1868, dice (y por cierto en estilo menos feliz que el general de la obra), el partido democrático primero y despues la República federal, sobre todo, han prescindido por completo de los caracteres históricos de España y de los principales organismos de sus respectivas provincias, queriéndolos amoldar todos al nivel de la utopia ó al fanático odio de algunos por la creencia católica.

» De esto ha provenido que los discursos anti-religiosos, oídos por primera vez en nuestras Cortes, y la valoración que últimamente se mandó hacer de los templos, han dado en estas provincias mas hombres y mas fuerza moral á favor de Don Carlos que los que le hubieran podido proporcionar repetidas victorias. No produjeron menor efecto las primeras excentricidades de un diputado sobre la pureza de la Virgen, y las funciones de desagravio que en este pais se hicieron en sus templos, han venido á parar en la sangre que ya humea sobre sus riscos y alturas. Pais de tradicion este, tiene además contra la República la de que sus padres se levantaron en 1794 contra los republicanos franceses que invadieron su suelo, viendo en cada uno de ellos aquel tan inhumano herege que con anticipacion les habian pintado. »

« No es tampoco la República el ideal que se encuentra en el fondo de sus instituciones, como vulgarmente se cree, sino la monarquía constitucional, cual me parece haberlo demostrado en este estudio; y por esto, cuando despues del convenio ha existido esta forma de gobierno, en vano se levantó Alzáa en armas con la bandera de Don Carlos. El propio pais hubo de sacrificarle, porque si la monarquía fué el arrimo secular que estas provincias buscaron al perder voluntariamente su antigua independencia, el gobierno del virey con las antiguas Cortes, como en Navarra, y las Juntas con el representante del monarca, bien particularizan aquel bello ideal que Tácito consideraba de una realizacion imposible por su extrema bondad. »

Laméntase luego el señor Rodriguez Ferrer de que en estos últimos años se haya prescindido en nuestra patria hasta de las mas vulgares ideas de buen gobierno, que debe proteger todas las clases, procurar unir las en vez de separarlas, respetar todas las creencias y no insultar las de las mayorías, y añade:

« Cuando la ley no prevalece por sistema, solo sobrevienen los males que hoy alcanza nuestra hacienda y nuestro ejército, y la particular justicia de los indultos, y la bárbara ruina de los templos, y el salvaje impulso de los incendios, y el ataque á la propiedad, y la tiranía de esas multitudes que no reconocen mas ley que el límite de su fuerza.

» No era posible, pues, que el pais vascongado, tan libre por sus seculares fueros como religioso por sus mismas libertades, pudiera ser simpático á estas tan costosas y nuevas, por su propia educacion y organismo, y esto último es lo que he tratado de desarrollar mas en las ilustraciones de este libro, prescindiendo de otras causas que han fomentado la situacion armada de este pueblo, como la ninguna política que han tenido ciertos jefes militares con determinadas clases, el precipitado abandono de otros con comarcas que habian hecho grandes sacrificios como Guipúzcoa y permanecian tan pacíficas como Alava, y lo imposible que es á todo pais defender causas interinas ante otra bandera que se impone con la organizacion y la fuerza. »

Así resume el señor Rodriguez Ferrer la tesis filosófica de su obra. Para resumir yo lo que de esta pienso, me bastará copiar la última nota marginal, de las muchas en que he ido consignando mis impresiones, conforme leía el libro del señor Rodriguez Ferrer.

» Al concluir, dice esta nota, la lectura detenida y meditada de este libro, voy á resumir lo que de él pienso y siento. En este libro resalta sobre todo la

buena fe de su autor y el deseo de ser justo é imparcial; hay en él grandes bellezas de fondo y forma; hay tambien grandes defectos del primero y algunos de la segunda; y por último, los vascongados debemos mucho agradecimiento á su autor, y le deberíamos mucho mas, si no se hubiese hecho inocente editor y difundidor de la malevolencia, la ignorancia ó la terquedad ajena. »

ANTONIO DE TRUEBA.

Una semana de campamento

POR UNA SEÑORA INGLESA.

Los ingleses que regresan de la India despues de una residencia mas ó menos prolongada, se lamentan de la indiferencia que se muestra en Inglaterra, no solo por los negocios políticos de aquella apartada posesion británica, sino tambien por los mil incidentes que se os ocurren en la vida que lleváis bajo un cielo extraño y viviendo en un pais en donde los habitantes rinden culto á los dioses mas extravagantes y escriben de derecha á izquierda con caracteres los mas particulares. A pesar de esto, cuando volveis á Europa os veis acogidos con una censurable frialdad, esperando que regreseis á vuestra antigua habitacion como si jamás os hubiéseis alejado de Inglaterra; pero si se apresuran á ponerlos al corriente de las cuestiones políticas, hojeando, si es preciso, los últimos periódicos. No penseis, pues, que un inglés muestra entonces interés en conocer el pais en donde habeis consagrado tantos años de vuestra existencia y los negocios en que os habeis ocupado durante vuestra permanencia en la India; y aun los que la desconocen completamente están inclinados á creer que la vida que habeis llevado en este pais debe considerarse como una especie de destierro en Botany-Bay, y por lo tanto, que es demasiado penoso y hasta sería una imprudencia hablar de ello, debiendo, por el contrario, ignorar vuestros amigos todo lo que se refiera á ese tiempo de expiacion pasado fuera del centro de la sociedad civilizada.

Despues de la sorpresa que causa al anglo-indiano tan extraña conducta, acepta con resignacion estas nuevas ideas, tranquila su conciencia de haber cumplido con su mision de difundir los beneficios de la «civilizacion» y trabajado, como lo hacian los antiguos reformadores, con la fe y con la conviccion que rindió un bien real y duradero á los espíritus recalcitrantes sobre los cuales conviene inculcar las ideas modernas. Despues de tantos años pasados en un pais casi salvaje, y cuando creéis que vais á descansar de vuestros trabajos, os encontrais de repente arrojados en medio de hombres cuyos espíritus están agitados de dudas, preguntándose sin cesar si esa «civilizacion» tan ensalzada no es sino una maldiccion, y si los males que trae en pos de sí no son infinitamente mas perniciosos y funestos para la vida de un pueblo que todas las reformas que tratamos de introducir en esos pueblos medio salvajes. Por todas partes veis la atmósfera cargada de cuestiones sociales: por todas partes el recien llegado se ve rodeado de síntomas de revolucion en el mundo del pensamiento, sin que su experiencia y conocimientos adquiridos á costa de tantos sufrimientos puedan servirles de guia en medio de tanta confusion. En efecto, el anglo-indiano que ha trabajado en construir un edificio, grande debe ser su sorpresa cuando se vea de repente en un mundo en que los hombres que le rodean emplean todos sus esfuerzos en destruirle.

Al observar esta indiferencia, no sería fácil concebir que haya muchas familias inglesas que esperen siempre con impaciencia el regreso de la India de una hija ó de un hijo; no existe una casa en donde no debiera acogerse con solicitud la relacion de algunas particularidades propias de la vida tan poco conocida que se lleva en regiones tan remotas. Entre otras muchas que podríamos citar, hablaremos, por ejemplo, de la vida de campamento, que constituye una gran parte de la existencia del mayor número de los funcionarios civiles, compartida por sus mujeres y por sus hijos.

El pequeño cuadro que voy á bosquejar tendrá el sello ligero y superficial que parece caracteriza todos los estudios trazados por una mano femenina, sin que tratemos en él sino de los europeos: los indígenas los presentamos cuando así lo exigen las relaciones con sus dominadores.

Despues de algunos años de residencia en la India, solo tenía yo una vaga idea de la vida de campamento, quiero decir, «de viajar por los campos á fin de respirar el aire libre y dedicarme á los ejercicios de caza y pesca.» Fuera de esto, nada veía que me pudiera llamar la atencion. Así que, cuando alguno me preguntaba si me agradaría vivir una semana en el campamento, no vacilaba en responder afirmativamente, pero con esa indiferencia que siempre se muestra ante los peligros que envuelve «lo desconocido,» y que es propia de la ignorancia.

Sin embargo, en aquel momento me puse á reflexionar sobre todo cuanto había oído hablar acerca de esta clase de vida, sin que se me presentara á mi

imaginación sino las narraciones de Wimbledon sobre el tiro de carabina y que se venía á resumir en estas palabras: «una agradable partida de campo.» Todavía recuerdo, no sin terror, que esta partida de campo la constituía la dicha particular de pasar siete ó ocho noches durmiendo debajo de una tienda común, en donde cada durmiente tiene los piés vueltos hácia el palo de la tienda; y que mirada en todo su conjunto, se asemeja á los rayos de una rueda. Entonces traté de recoger algunos datos del amo de la casa en que habitaba, y tuve la satisfacción de saber que su mujer había podido soportar dos meses las fatigas del campamento, á las que había tomado una gran afición.

Al prepararnos para este viaje, se nos rogó que redujéramos nuestro equipaje á las dimensiones más exiguas que fuera posible, y que nos dispusiéramos para recorrer en carruaje unas treinta millas, á fin de alcanzar el tan ansiado sitio en donde debíamos de acampar.

Estábamos en diciembre. Nuestro viaje lo hicimos en *dogcart* con relevo de caballos á cada cinco millas, como lo exigía el estado espantoso de la ruta. El trayecto que debíamos recorrer era detestable, excepto las tres primeras millas, que se hacían por una carretera que hay desde Calcuta á Peshawar, que es una de las más bonitas del mundo; pero desde que la abandonamos anduvimos sobre surcos, barrancos, etc., sufriendo á cada momento los más peligrosos vaivenes. Unas veces veíamos las ruedas hundirse en medio de montes de arena, mientras que otras nos veíamos precisados á atravesar sitios inundados, temiendo siempre que se rompieran los resortes del carruaje, y sobresaltados al encontrarnos repentinamente ante un canal en miniatura encargado de trasportar el agua de un campo á otro.

Cada vez que el instinto de la propia conservación me dejaba en libertad de mirar á mi alrededor, apercibía mil objetos que me causaban la más profunda admiración. En este país los carruajes se parecen á los antiguos coches romanos, con sus ruedas bajas y pesadas, arrastrados por bueyes y coronados de pequeños howdahs de tela de color de escarlata, cubriendo á uno ó varios indígenas adornados de turbantes y trajes de los colores más abigarrados, y sentados con las piernas cruzadas y dobladas debajo de ellos, en una posición que sería difícil guardar á los europeos. A lo lejos distinguimos altos domedarios, marchando con paso lento y su estúpida mirada; una hembra de la manada llevaba sobre su espinazo, acostado en un cesto, un recién nacido, é iba seguida por otra menos débil; era el animal más horrible que jamás he visto: especie de avestruz, con cuatro patas mal formadas. Mas allá se veían varios grupos de hombres, mujeres y niños, que con ese aire patriarcal que nos describen á Abraham y á Isaac, conducían numerosos rebaños de bueyes y cabras.

¿Qué es lo que llevan suspendido de un palo que descansa sobre los hombros de dos indígenas? Casi se podría asegurar que es un cajón de confitero; una especie de saco cuyo fondo es plano y tiene las mismas dimensiones que una mesa de comer. ¿Queréis saber lo que contiene? Es una señora del Indostan, adornada probablemente con su traje de visita. Algunos de nuestros lectores nos preguntarán cómo es posible que una mujer quepa en tan reducido espacio. En efecto, para mí es también un misterio, á menos que la señora esté colocada como se compone la anguila á la Tartaria. En esta posición, que las es tan favorita, hacen algunas veces largos viajes sin experimentar la menor fatiga; y seguramente al verlas está uno inclinado á creer que tienen los huesos cartilagosos y las articulaciones formadas de cauchú, porque no es posible persuadirse que esta posición sea la mejor para descansar. Es admirable la ligereza con que se levantan y se acurrucan sin separar sus piés, y sin que sus manos toquen al suelo: todo el resorte, todo el esfuerzo parte de los riñones y de las rodillas.

Las mujeres me agradaron extraordinariamente por su aire esbelto y por la gracia con que se envuelven en su traje, compuestos de una ancha falda y de una especie de albornoz que las cubre la cabeza y las tapa casi completamente el semblante: sus vestidos varían de color, azul, rosa y amarillo.

La falda lleva al borde un fleco de color distinto, que con el tono bronceado de la piel forma una admirable armonía. El matiz que más las favorece, es en mi concepto el azul prusia, y sin embargo, es menos común en el noroeste que en el Sur, en donde ha sido adoptado por casi todas las mujeres del pueblo. Agrada ver la soltura y la gracia con que andan, llevando sobre la cabeza cántaros de barro ó de cobre muy reluciente, que sostienen alargando el brazo hasta tocar á la parte superior: brazo cargado de brazaletes que llegan hasta el codo y que algunas veces las cubre hasta un poco más arriba. Estos brazaletes son algunas veces de plata, pero en general son de metal plateado ó de lacre encarnado y verde.

Algunos años hace oí que en este país había una escuela en donde se adiestraban las jóvenes en andar con grandes cántaros llenos de agua en la cabeza, guardando el más completo equilibrio. Cuando observé la gracia y la seguridad con que andaban las mujeres del Indostan, cargadas de cántaros de agua, sentí que esta costumbre no se hubiera generalizado más. La raza de semblante pálido puede estar orgullosa de su superioridad en sacar un buen partido de su cabeza, pero debe confesarse que estas morenas, hijas del sol, exceden seguramente á sus hermanas las más

favorecidas, en el sistema de sacar alguna utilidad de su cráneo, pues llevan cántaros, piezas de tela, cestas llenas de legumbres, grandes gavillas de cañas de azúcar, haces de leña, etc., etc., conservando al mismo tiempo sus manos completamente libres para cargar con algún otro bulto. Sus hijos no los llevan en sus brazos como en Europa, sino que los colocan sobre la cadera, rodeándoles con sus robustos brazos ó á horcajadas sobre los hombros, en donde la criatura se sienta con toda comodidad, apoyando sus manitas sobre la cabeza de la madre. He visto á una mujer que llevaba cinco cántaros en la cabeza y un niño sobre la cadera; y cargada de este modo, andaba con una gracia y ligereza admirable, al compás de los anillos de plata que colgaban de sus tobillos.

Algunas veces les cuelgan de una de las ventanas de la nariz grandes anillos ó un pequeño clavo de cabeza plateada y de forma de estrella.

Miss Eden pretendía que estos niños eran preciosos. No me conformo con su opinión. Confieso, sin embargo, que llaman la atención sus relucientes ojos, tan negros como el azabache, y sus miembros rollizos y bronceados, pero siempre me han parecido disformes.

Ignoro si consiste en su conformación natural ó si es el resultado de su alimentación; pero vistos de perfil presentan siempre las proporciones del tipo alderman, con vientres que harían honor á esos personajes con abultado abdomen como vemos en las caricaturas del *Punch*.

En nuestro viaje atravesamos aldeas tristes y cubiertas de lodo, de donde hervían miles de estas criaturas, é interminables llanuras, provista cada una de un pozo con noria, movida por un par de bueyes. Estos campos conservaban aun el más hermoso verdor, á pesar de hallarnos en Navidad.

Cerca de los canales y de los pantanos, apercibimos arvelas apoderándose de su presa al vuelo, y pusimos en precipitada fuga á una banda de *sarus* que con su vista triste y meditabunda viven siempre apareados; y son tan constantes en sus amores, que sólo la muerte puede desunirlos, quedando el que sobreviva en el más completo aislamiento, hasta que su amargura pone fin á su triste existencia.

Al oscurecer apercibimos por fin, destacándose sobre el verde oscuro de un bosque no muy lejano, las tiendas blancas tanto tiempo deseadas del campamento. Después de algunas vueltas al través de las calles y de dos nuevos vaivenes, nos apeamos, apareciendo entonces delante de nosotros, un cuadro que nos sorprendió por lo extraño y pintoresco.

Desde luego las cuatro tiendas las más grandes que hasta entonces había visto, á no ser en las exposiciones de flores, colocadas una al lado de la otra teniendo en los costados otras más pequeñas, me hicieron olvidar mis preocupaciones, previniéndome en favor de los menores detalles. ¿Cómo es posible que pueda yo describir todo lo que en aquel momento vieron mis ojos? A cierta distancia, dos corpulentos elefantes, moviendo sus orejas, molían con la mayor tranquilidad, bajo sus fuertes molares, montecillos de cañas de azúcar, como si se tratara de un átomo de paja. No muy lejos, seis caballos con mantas sobre el lomo y atados á los árboles, tomaban también su pienso. Igual operación hacía, no muy distante de allí, el bravo corcel que nos había llevado al término de nuestro viaje, mientras que á su lado descansaba con los muelles casi rotos el *dogcart*. Además había grandes carros hábilmente equilibrados sobre dos pesadas ruedas, cuya yunta rumiaba de gozo, echada con cierta negligencia sobre la yerba. Sobre estos carros se veían posadas las gallinas y pintadas; y en el suelo se distinguía á los atrevidos gorriones, papagayos y un ejército de pequeñas ardillas que más bien se asemejaban á hurones y que andaban con tan prodigiosa agilidad, que parecía moverse á impulsos de una corriente eléctrica que partía de su levantada cola. Los cuervos que abundan mucho en este país y que son todavía más imprudentes que los de Europa, tienen una especie de collar y una coraza de color gris: eran exactamente iguales á los que se veían en ciertas láminas que vendían en Inglaterra para los niños. En el campo abundaban mucho los animales, pues todavía me falta que enumerar tres perros, que desde que nos vieron anunciaron con sus ladridos nuestra llegada; un gato saltando y jugando con su cola tan espesa, que podía competir seguramente con la de los hurones; dos vacas que mugían mientras que las ordeñaban, y á su lado pacía un patriarcal rebaño de cabras y cabritos.

Un fuego que chisporroteaba y lanzaba llamas hácia las ramas de los árboles, como si quisieran alcanzarlas, nos iluminó este admirable paisaje. Al rededor había una serie de pequeños agujeros hechos en el suelo y cubiertos de carbones encendidos. Sobre estos hornillos primitivos cocían dentro de misteriosos utensilios de cobre, vigilados con gran atención por un negro cocinero puesto de cuclillas, diferentes platos que preparaba de una manera que hubiera causado la desesperación de un jefe de cocina francés; pero que después de condimentados no se hubiera mostrado avergonzado de servirlos.

Al mirar á mi alrededor apercibí el departamento destinado á las provisiones y el oficio en donde la loza estaba en pilas uniformes y los vasos colocados en batalla. El administrador de la fonda estaba dando órdenes para que se encendieran las lámparas. Al lado de este departamento se hallaba el de la lencería,

en donde el planchador, sentado con toda comodidad delante de una mesa, pasaba con gran lentitud sobre el lienzo húmedo un hierro de grandes dimensiones que tenía á los lados huecos llenos de carbon encendido.

El agah encargado de la ropa blanca andaba al rededor de las tiendas colocando nuestros equipajes, á fin de ponernos después en posesión de nuestra habitación.

Al descender la cortina que cerraba la entrada, y penetrar en el salón, presentó á nuestra vista un admirable espectáculo. Figúraos una pieza de 20 piés cuadrados, compuesta de una doble tela con una galería cerrada que daba vuelta en su parte inferior; el suelo estaba cubierto con un tapiz de fieltro de algodón rayado; dos grandes mesas, la una para comer y la otra cargada de libros, papeles, objetos de escritorio, etc.; sillas de todas clases, de caña, bambú y pino, y finalmente un hermoso fuego brillaba en una estufa.

A medida que contemplaba este alegre cuadro tan distinto al que esperaba, mis últimos temores se desvanecieron, y mi carácter europeo concluyó por acostumbrarse á la idea que en la India se practicaba tan bien el *comfort* como en Inglaterra lo practica la clase rica. El *comfort* es una palabra inglesa nacida en un rincón de la Inglaterra, sin que en tan lejano lugar el inglés olvide jamás su destierro.

Nuestras habitaciones para dormir eran espaciaosas y contenían dos camas cómodas, un tocador, dos sillas, una gran jofaina de madera, y aun debo añadir un gabinete de baño, porque la galería que rodea la tienda sirve para este objeto. Así que, cuando se vuelve de hacer un viaje, el aguador va de tienda en tienda desocupando su pellejo de cuero del agua que ha recogido de un manantial próximo.

A los pocos días de nuestra llegada fuimos invitados á una cacería por los que habitaban cerca de nuestro campamento. Durante la noche habían salido ya seis jinetes conduciendo las tiendas, la batería de cocina, los elefantes y un rebaño.

Después de andar una docena de millas nos detuvimos á fin de prepararnos para cazar y atravesar varios vados que íbamos á encontrar en nuestro camino, pues tres de los que nos acompañaban se habían propuesto hacer el camino á pié. Los dueños de la casa y yo, que preferíamos pasar los vados á pié enjuto y llevar el menor peso posible, trepamos con el auxilio de una escala sobre uno de los elefantes, y sentados con toda comodidad en un *howdah* salimos en busca del sitio en donde debía verificarse la cacería. Entonces recordé el primer paseo que di sobre un elefante en el Jardín zoológico de Londres, en medio de un desmedido orgullo y de un gozo que se hallaba mezclado de un secreto terror del monstruo, tan dócil sin embargo á la voz y al palo de su domador; pero si en aquel momento no experimentaba este orgullo y esta alegría, en cambio tampoco tenía el pánico de que entonces estaba poseída. Solo cuando el animal hacía oír su voz cavernosa, que era su grito natural, recordaba mis pasados temores y me preguntaba qué sería de nosotras si de repente le diera el capricho á este sobreviviente del mundo antediluviano ofenderse de los golpes que en prueba de autoridad le administraba con tanta liberalidad su domador.

(Se continuará.)

Escenas parisienses.

EL CAZADOR DE RATAS EN LAS ALCANTARILLAS DE PARIS.

Hé aquí un cuadro extraño. El teatro representa las bóvedas de las inmensas alcantarillas abiertas en las profundidades de la ciudad de Paris, y el protagonista es un filósofo, de oficio pocero, que recibe una módica retribución y consagra sus ocios á la cacería de ratas, que tanto abundan en esos subterráneos.

El pintor M. Jacomin, autor del cuadro que reproduce nuestro dibujo, nos le representa descansando. Sentado en la última grada de una escalera, contempla sus perros, que ladran furiosos delante de media docena de ratas cautivas en una jaula. Es probable que tendrán merienda.

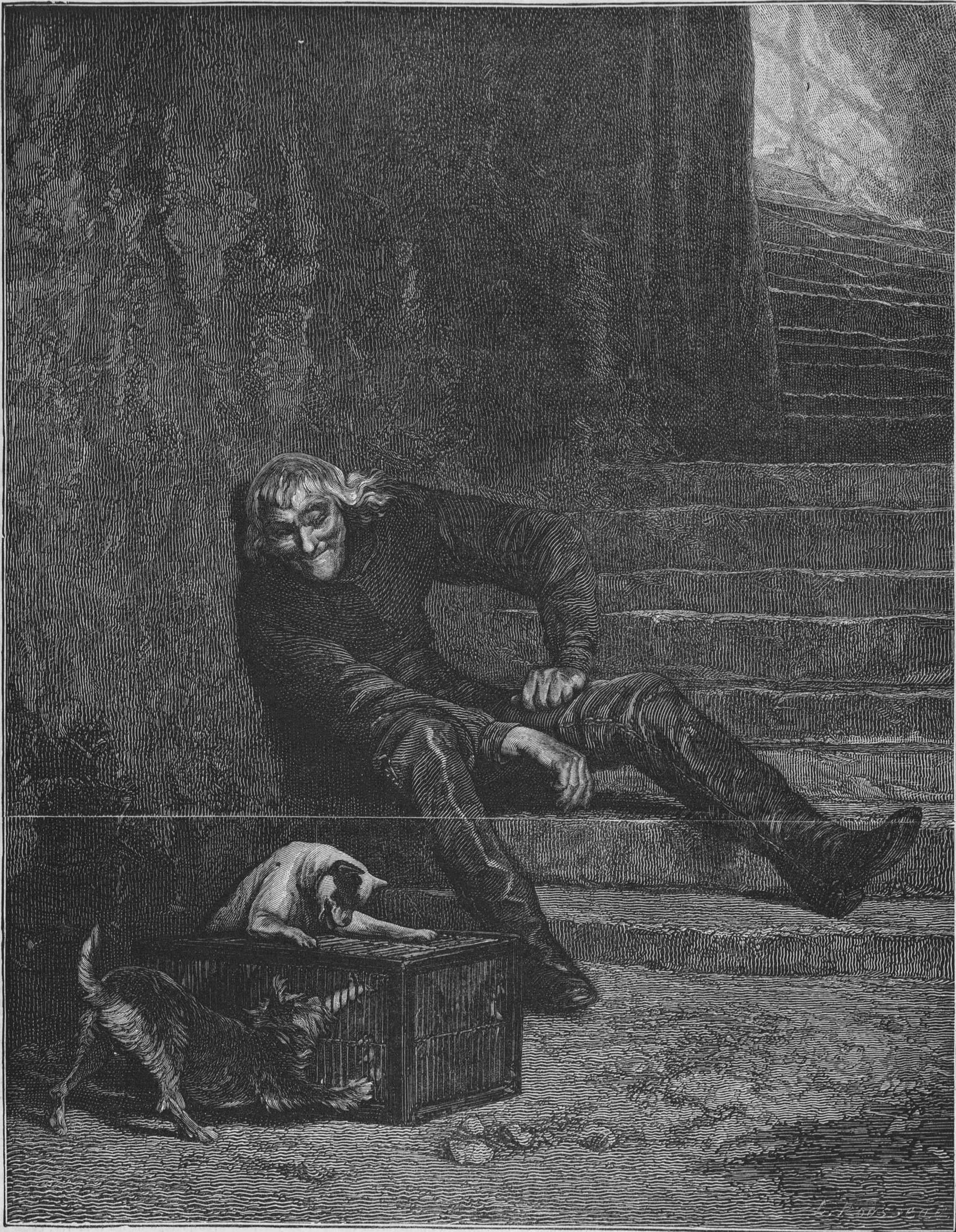
R. S.

M. José Lambert, duque de Emyrne.

M. José Lambert, duque de Emyrne, ha muerto en Mayote, del archipiélago de las Comores, el 22 de setiembre último.

Cuando este infatigable colono emprendió en 1861 su viaje á las islas de Mauricio y Bourbon, era ya muy conocido en Francia. En 1863 le acompañamos á Madagascar con una misión especial que empezó bajo los más felices auspicios y terminó con el asesinato de la infortunada Radama II.

El joven rey había concedido á M. Lambert, su hermano, según costumbre malgacha, una parte de las



ESCENAS PARISENSIS. — El cazador de ratas en las alcantarillas de Paris.

riquezas que contenía la gran isla; pero disgustados los nobles Hoyas al ver introducirse á los extranjeros en el país, resolvieron estrangular una noche al rey: sistema muy expedito de cambiar de política en un país que no está sometido al régimen parlamentario.

El primer viaje de M. Lambert á Madagascar tuvo lugar en 1859, acompañado de la célebre viajera Madama Ida Pfeiffer. En la conspiración que tramó contra la reina que estaba entonces en el trono, la cruel Ranavalona, comprometió á su compañera de viaje y á su compatriota y amigo M. Lambert, que está hoy de cónsul de Francia en Tananarive, capital de la gran isla africana.

En los *Viajes de Madama Pfeiffer* se trata de esta conjuración, ópera-cómica, en donde todos los conjurados se salvaron milagrosamente de ser precipitados de la roca Tarpeya, suplicio que se halla en uso en Madagascar, al menos en tiempo de Ranavalona Manjaka.

M. J. Lambert nació en Nantes, en 1820. Llegó á la isla de Mauricio siendo todavía joven, en donde se estableció, dirigiendo una plantación de cañas de azúcar y organizando un servicio de vapores entre esta colonia y Aden. Desde esta época datan sus relaciones con Madagascar.

A la vez que su hermano, agente comercial de Francia en Aden, trataba de que la influencia francesa se dejara sentir en los mares de la Arabia, para contrarrestar á la de los ingleses, y en cuya empresa fué asesinado por los árabes, José Lambert trabajaba para entregar el Madagascar á la Francia.

Al efecto se trasladó á Paris para exponer al emperador sus proyectos.

El plan se frustró, pero Lambert obtuvo de él alguna utilidad, porque el emperador le concedió algunos terrenos en Mayote, en donde hizo una plantación de cañas, haciendo llevar varias máquinas para extraer el azúcar. También estableció en Moheli, que era la residencia de la reina Tombé-Souly, otros establecimientos análogos. A pesar de las buenas relaciones que sostenía con esta buena amiga, un día se vió obligado á hacer uso del cañon de su fragata contra esta isla, con motivo de algunas cuestiones que se suscitaron entre ellos, y á las que sin duda no era ajeno el rey de la isla, un viejo árabe, marido de la reina, que estaba celoso como un turco.

En estas excursiones á las Comores fué en donde Lambert adquirió las enfermedades que le han llevado al sepulcro. Jamás los trópicos perdonan á los que habitan mucho tiempo en ellos, agitándose como lo



M. JOSÉ LAMBERT.

hizo ese infatigable colono. Ya hacia algunos años que para visitar sus plantaciones se veía obligado á hacerlo en palanquin.

José Lambert era bueno, generoso, amable y amigo de todo el mundo: era una de esas naturalezas ingenuas que marchan siempre adelante para conseguir el objeto que tratan de alcanzar, sin reparar en los peligros.

Lambert ha tratado de entregar á toda costa el Madagascar á la Francia: esa isla que, bajo los reinados de Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV se había ensayado diferentes veces de colonizar, y que entonces se

la llamaba « la Francia oriental. » No trataremos ahora de examinar si Lambert estuvo siempre á la altura de la empresa que acometió, porque recordamos el dicho de Felipe II, que no debe murmurarse de los muertos. Solo si diremos que la empresa era grande y generosa.

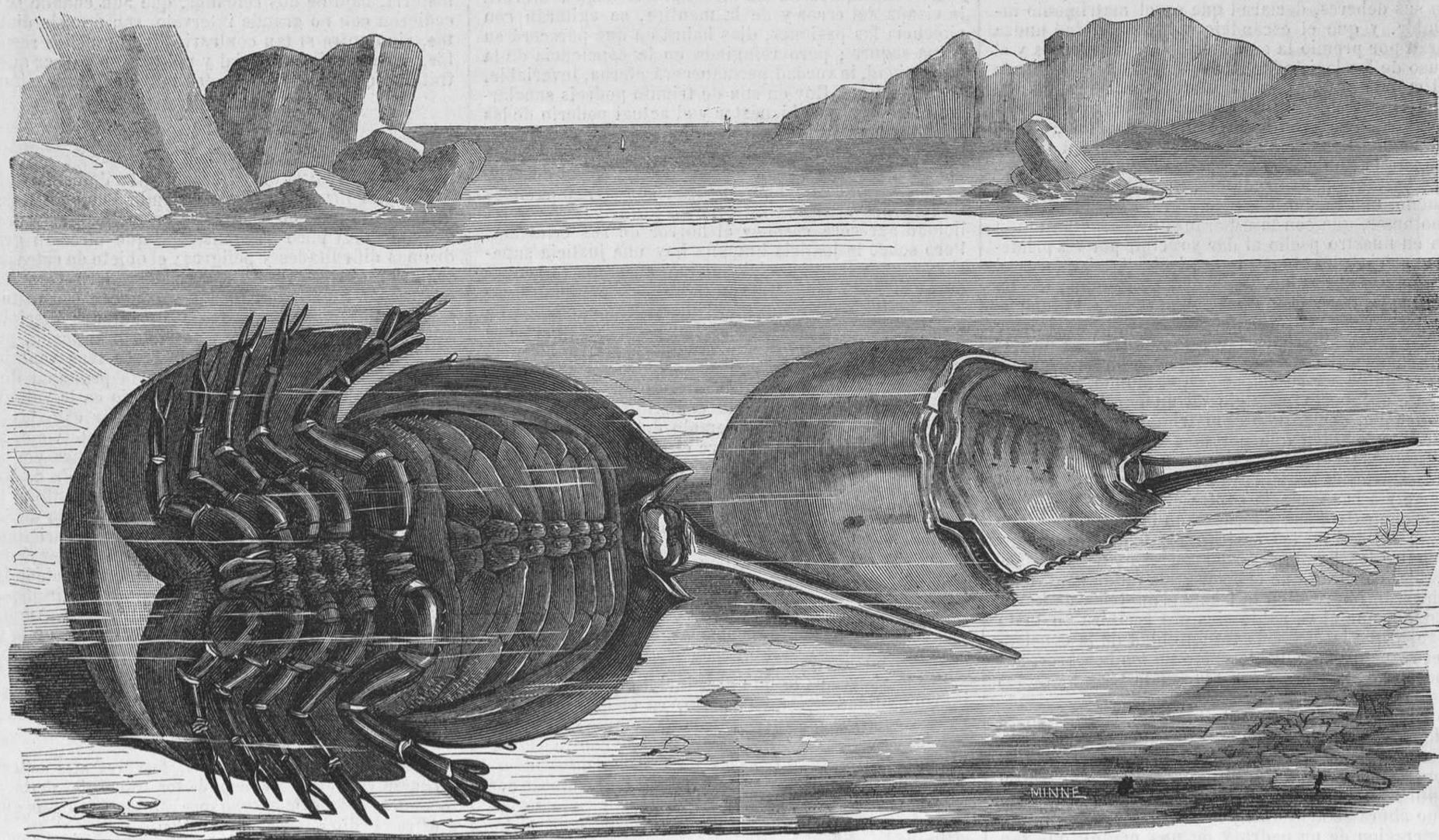
L. S.

El limulo-polífemo.

El Jardin de aclimatacion ha dado albergue á un nuevo huésped. Los naturalistas le llaman *limulo-polífemo*, y otros le distinguen con el nombre de cangrejo-tortuga. Visto por encima, tiene la forma de una masa oblonga, bombada, revestida de un carapacho, compuesto de dos trozos que se asemejan al cuerno, delgados, frágiles, que se rompen al menor choque y de un color amarillo oscuro en los jóvenes y negruzco en los viejos. La pieza anterior es la mayor de todo el carapacho, pues le cubre la cabeza; y como los ojos están colocados en la extremidad del cuerpo, el animal no puede ver por arriba ni por los lados. Esta parte del carapacho protege también los órganos digestivos. Su aparato de locomoción lo constituyen cinco pares de patas muy parecidas á las de las langostas. Las dos que están en la parte posterior terminan por cinco dedos, de los cuales el que está en medio es mas largo que los otros y está armado de una pequeña uña. Las otras patas terminan por uñas mas fuertes. La segunda parte del carapacho tiene la forma de un triángulo cuyo vértice está truncado, con bordes dentados y prolongado por una cola móvil cubierta de una concha bastante dura, que se parece á un verduguillo. Esta parte posterior del carapacho del limulo está uni-

da á la primera por medio de membranas cartilaginosas, y cubre los órganos especiales foliáceos que el animal esconde ó despliega cuando está en el agua.

En medio de las patas de adelante tiene dos especies de uñas que ocultan la boca, que está guarnecida de mandíbulas, y que sirven de órganos para coger y llevar los alimentos. Engañados los peces y los langostinos de mar por la semejanza que tiene el limulo á las plantas marinas, ó á las rocas por las sombras que proyecta, se aventuran á colocarse al alcance de las garras del monstruo, que muy en breve los coge y se los lleva á su boca.



NUEVAS ADQUISICIONES DEL JARDIN DE ACLIMATAACION. — El limulo-polífemo.

El limulo-polífemo se encuentra en las playas de América, y principalmente en las costas que se extienden desde Nueva York hasta el golfo de Méjico. Vive en el mar, ó se pasea sobre la arena; y algunas veces se refugia en los agujeros de las rocas. Otras se desliza al mar, en donde queda flotando y sostenido sobre sus espaldas, tratando de sostenerse con el auxilio de sus órganos inferiores foliáceos; y si se sumerge sin haber podido recuperar su posición natural, entonces se apoya sobre su cola, que le sirve de palanca, para imprimir á su cuerpo una sacudida que le hace recobrar su posición normal. El limulo cuando está en tierra marcha con bastante facilidad y en línea casi recta. Así como el cangrejo grande de mar, la langosta y el cangrejo, el limulo puede vivir fuera del agua; y como el cangrejo, se introduce dentro de la arena húmeda, en donde vive hasta que el calor del sol le obliga á buscar otra vez el agua ó un sitio mas fresco que la ardiente arena. Cuando el limulo se ve perseguido, esconde sus patas dentro de su carapacho, y entonces descansa sobre sus bordes y trata de defenderse, blandiendo su cola. Esta, que es su única arma, no es muy ofensiva, si bien antiguamente se creía que estaba envenenada. El origen de esta creencia procede de que los antiguos habitantes de la Carolina se valían de la cola del limulo para que sirviera de punta á sus flechas, que mojaban en el jugo de las plantas venenosas de la familia de las enfurbias, muy comunes en aquellas comarcas. Hoy todos los que encuentran un limulo le cogen por la cola sin el menor temor, bien sea para satisfacer su curiosidad, ó bien para coger sus huevos, que se consideran como un bocado exquisito. Los negros matan el limulo para servirse de su carapacho para beber agua.

EL MATRIMONIO.

Su ley natural, su historia, su importancia social.

(Continuación. — Véase el número 1,097.)

Las fatalísimas y desastrosas consecuencias de la indisolubilidad del matrimonio, deben por lo tanto aplicarse también al divorcio; y estudiando y conociendo entonces el árbol por sus frutos, como dice la Sagrada Escritura, se condenará para siempre la doctrina que produce en la sociedad tan amargos frutos y tan crueles desengaños.

Si queréis que el juramento de eterna fidelidad que se hacen dos esposos, en el momento solemne de contraer matrimonio, no sea un perjurio, no sea un lazo tendido á la virtud y á la inocencia, declarad el matrimonio indisoluble, decid que aunque se separen sus cuerpos no se rompieron para los cónyuges los vínculos de parentesco que los unen hasta muerte. Si queréis que tenga la mujer el sentimiento de su propia dignidad, que sea virtuosa, fiel en su cariño y amante en sus deberes, declarad que es el matrimonio indisoluble, y que el escándalo y la infidelidad nunca tendrán por premio la satisfacción de sus deseos y el aplauso de los legisladores. Si queréis que se conozca en el mundo lo que es una madre verdadera, lo que es una esposa sin rival en el seno del hogar doméstico, declarad que es el matrimonio indisoluble, y que la mujer que llamamos nuestra esposa llevará ese título hasta la tumba, sin que poder alguno en la tierra sea bastante para negárselo. Si queréis que no sea un sueño, una ilusión el dulce y grato sentimiento de eterno amor, que con la esperanza de perpétua unión brota en nuestro pecho al dar y recibir por vez primera las caricias del abrazo nupcial, declarad que es el matrimonio indisoluble, y que cada día que pase no puede mas que realizar nuestros ensueños y aumentar el afecto por medio del recuerdo. Si queréis que de pesar no se aflija un padre, que de tristeza no llore una madre al entregar su hija al hombre que en adelante ha de ser su amparo en el mundo, quitad de su frente el funesto presagio de un porvenir amargo y desdichado, declarando el matrimonio indisoluble y declarando también que por mas que se enfurezcan las pasiones, por mas que frenética se agite la inconstancia, las leyes protegerán siempre al débil contra el fuerte y á la inocencia contra el crimen. Si queréis por fin que exista paz y ternura en los corazones, virtud y moralidad en las sociedades, felicidad y bienestar entre los hombres, declarad el matrimonio indisoluble, declarad que el deleite y la infidelidad siempre llevarán impreso en la frente el anatema de la reprobación, que el culpable siempre recibirá su justo castigo, y que la dicha, la tranquilidad de la conciencia, el respeto y la consideración de los hombres, solo podrán encontrarse en el seno de la virtud y de los puros afectos del alma.

No: muchos de los partidarios del divorcio no se han figurado las consecuencias terribles que inevitablemente trae en pos de sí: de otro modo, la indignación de los mas nobles sentimientos de su corazón les hubieran hecho desear con repugnancia la teoría que ahora sustentan. No se han figurado, no, la desesperación de un padre y de una madre, que ven á su hija infamemente ultrajada, y la contemplan abandonada en la vía pública sin pudor y sin honra;

no se han fijado en los crueles tormentos que produciría en su lecho de agonía tan solo el pensamiento de que una concubina pueda legalmente expulsar á su hija del tálamo nupcial que ella sola debió ocupar; no se han figurado en fin, que mientras corran aquellos días felices, aquellas horas de miel en que empieza á conocer el hombre los placeres y los deberes de la sociedad conyugal, un presentimiento aciago penetrará en la mente de los padres y de los nuevos esposos, y ahogando toda alegría destruirá la felicidad de los días mas venturosos de la vida humana, diciendo al padre: ¿por qué has consentido este enlace que mañana será tu, desdicha? y haciendo resonar en los oídos de los que por primera vez se intitulan esposos, palabras de separación, de odio, de inconstancia, de recelo, de infidelidad y de infortunio.

Podeis, si, por refinado egoísmo, permitir al hombre que se burle de las virtudes de su esposa, que dé rienda suelta al impulso de sus pasiones, que impunemente se hunda en el cieno del deleite, que contraiga repetidos enlaces y multiplique libremente el número de sus víctimas; pero no por eso habreis conseguido su felicidad: porque cuando vengan los días de la vejez, el remordimiento de su conciencia le gritará continuamente durante las horas del día y el silencio de la noche: ¡Malvado, qué has hecho de tu legítima esposa! Y entonces, cuando con el perdón y el olvido quiera apartar de su cabeza los terribles pesares que le agobian, cuando en los brazos de la reconciliación quiera encontrar la paz que su alma tanto desea, el divorcio habrá puesto entre él y su esposa verdadera el insondable abismo de nuevos enlaces contraídos, la paz y el olvido se harán entonces imposibles, y al entrar en la tumba, el recuerdo de lo pasado engendrará en su pecho la desesperación en vez de hacer brotar el consuelo, y llenará de amargura y de punzante dolor la hora postrera en que se despidió de la vida.

Creedlo: en el matrimonio siempre ha de haber algo de perpétuo, de indisoluble, de indestructible. Nosotros, con la simple separación, decimos que es en él perpétuo é indestructible el lazo de amor; y vosotros, con el divorcio, declarais que desde el momento en que brotó la aversión entre ambos cónyuges, su odio debe ser perpétuo, eterno, irreparable. Nosotros, con la separación, creemos que no puede extinguirse su amor, les damos el consuelo de la esperanza y de la fe en la reconciliación; y vosotros, con el divorcio, creais inextinguible la enemistad, y dais al dolor la amargura de la separación, y al odio el encono de la eternidad. Vosotros ambicionais la perpetuidad para un delirio de la pasión y para la villana infidelidad; nosotros, por el contrario, clamamos por la perpetuidad del amor verdadero y por la eternidad de aquellos puros afectos que parten directamente del alma y temen ver mancillada su celestial pureza, marchitados sus mas nobles encantos si llegan á confundirse con los monstruosos placeres del cuerpo.

¿Cuál de los dos principios al fin triunfará?

Desde el momento en que la razón humana ha conocido una verdad, podemos asegurar que ya no desaparecerá de la tierra: en torno suyo bullirán los errores, se multiplicarán los filosóficos sistemas, crecerá la cizaña del error y de la mentira, se agitarán con violencia las pasiones, días habrá en que parecerá su ruina segura; pero refugiada en la conciencia de la humanidad, la verdad permanecerá eterna, invariable, indestructible. Hoy en son de triunfo podreis señalarme con el dedo el bienestar y el actual poderío de las naciones que admiten el divorcio; pero un día vendrá en que reciban su justo castigo. Los hombres y los pueblos, haciendo uso de su libertad, podrán desviarse del camino del bien, podrán cometer horrendas iniquidades y atroces injusticias, y un instante la felicidad parecerá coronar el horror de sus crímenes. Pero sobre la justicia humana hay una justicia superior, que se llama justicia divina, cuyos rayos vengadores hieren siempre las grandes personalidades colectivas que abusaron de su libertad, y confiando en la impunidad se entregaron al crimen. Estas personalidades colectivas, ora se llamen pueblos, gobiernos, naciones, ora clases sociales, encontrarán su castigo en su mismo delito, y tarde ó temprano expiarán en su decadencia la injusticia cometida y el escándalo consentido. Ved si no el ejemplo del pueblo romano; solo ambiciona imperar sobre el mundo, desprecia la moralidad de las costumbres, admite el divorcio, se rie de la santidad del matrimonio y de las virtudes todas del hogar doméstico, con tal que sus guerreros ganen brillantes victorias; y cuando alcanza todo su apogeo, cuando extiende su cetro sobre el mundo, la corrupción y el escándalo destruyen su soberbia omnipotencia, permitiendo exclamar al poeta:

Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem.

Desde ahora, os lo fio: el principio que reconoce la indisolubilidad del matrimonio, es el que verá derumbarse á sus piés los fantásticos monumentos contruidos por el error; tendrá que luchar contra violentos huracanes; pero apoyado en los cimientos indestructibles de la verdad eterna, crecerá majestuoso con la lucha, y en cada tormenta pasada, en cada torbellino desvanecido hallará una nueva prueba de su legitimidad.

J. S. DE TOCA.

(Se continuará.)

SOBRE LOS VIAJES POR ESPAÑA

DEL

BARON ROSMITHAL DE BLATNA

Y DEL

MAGNÍFICO MICER ANDRÉS NAVAGERO (1).

Al publicar en la colección de *Libros de antaño* los dos viajes por España que forman el presente volumen, debemos ante todo dar algunas explicaciones que consideramos necesarias; las obras á que nos referimos no están escritas en castellano, y por tanto habrá quien piense que esta circunstancia las debiera excluir de nuestra colección; pero si bien el objeto especial de ella es reproducir libros castellanos, inéditos ó poco conocidos hoy á pesar de su mérito, por haberse hecho raros y muy difíciles de adquirir los ejemplares de sus primitivas ediciones, no por esto nos hemos de vedar la publicación de obras referentes á España que por cualquier motivo tengan para nosotros gran interés literario, político ó histórico, si á esto unen el ser también antiguas. Pocas hay de esta especie que no se hayan traducido antes al castellano, y las que lo hayan sido tendrán lugar en nuestra colección, reuniendo las circunstancias que para ello necesitan. Entre las que hasta ahora no se han puesto en nuestra lengua, quizá no habrá ninguna que sea tan curiosa y tan importante bajo diferentes aspectos, como lo son los dos viajes que publicamos. No nos toca hablar de la traducción que hemos hecho de estos escritos, excitados por personas de la mayor autoridad en asuntos literarios: solo indicaremos que hemos puesto cuanto ha estado de nuestra parte, no solo para que la versión sea fiel, sino para que su estilo corresponda con la mayor exactitud posible al de los originales, sin alterar la índole y carácter propios de nuestra lengua, en cuanto nosotros la sabemos. No pretendemos, por supuesto, haber hecho una obra perfecta, porque sabido es que la dificultad de escribir con corrección y elegancia el castellano, es grandísima, y sin tener para ello dotes especiales, no basta á lograrlo el estudio mas asiduo y constante de nuestros grandes modelos y de nuestros gramáticos y retóricos.

Reconocemos que es grande nuestra osadía al arrojarnos á revestir con nuestro tosco y desaliñado lenguaje obras que han de estar al lado de las de escritores que tan alto han rayado en este punto, y por ello pedimos sincera y humildísimamente perdón á nuestros lectores, que nos lo otorgarán sin duda en gracia de nuestro buen propósito, y por el placer que ha de causarles el ver los juicios y las descripciones que hicieron de las cosas de España dos extranjeros ilustres en dos épocas importantísimas de nuestra historia, bajo de dos reinados, que aun cuando se sucedieron con no grande intervalo, son no solo distintos, sino entre si tan contrarios bajo muchos respectos, que en el orden social y político no parece que se trata de una sola, sino de dos muy diversas naciones.

I.

El primero en el orden cronológico de estos viajes, fué el que hizo el insigne bohemio Leon de Rosmithal y de Blatna, en una época en que estas excursiones eran muy poco frecuentes porque ofrecían grandísimas dificultades y peligros; el objeto de este viaje, segun en el contexto de sus relaciones se manifiesta con mucha repetición, fué solo conocer las costumbres de los diversos países y estudiar la disciplina militar que en cada uno de ellos se practicaba, para determinar lo que en esta parte fuese mas ventajoso á esta profesión, que era entonces la principal de la nobleza. También tuvo un gran influjo en la voluntad del viajero el sentimiento religioso; por esto las cosas que mas por menor se refieren en este viaje, son las visitas á los templos é imágenes famosas por sus milagros, pudiéndose asegurar que la venida de Rosmithal á España, se debió muy principalmente al deseo de ir á Compostela para hacer la romería de Santiago, por entonces tan importante para los cristianos de Europa, como la peregrinación á Jerusalén, adonde también pensó ir el noble bohemio, no habiéndolo podido realizar por los motivos que luego diremos.

Algunos críticos modernos, entre ellos Augusto Scheler y el señor don Pascual Gayangos (2) en la noticia que han dado de este viaje, sospechan que Rosmithal tuvo para emprenderle otros motivos además de los dichos, y que fueron esencialmente políticos y religiosos; fundóse para ello el señor Gayangos en

(1) Como se inferirá del texto, los presentes artículos formarán el prólogo de uno de los volúmenes de la colección de *Libros de antaño* que con tan exquisito gusto publica el editor señor don A. Durán.

(2) El señor Scheller, en una revista que se publicaba en Bélgica y el señor Gayangos en la *Española de ambos mundos*, tomo I, pág. 739 y siguientes.

que Jorge de Podiebrad, rey de Bohemia y cuñado de Rosmihal, subió al trono en 1458, cuando la herejía de Juan Hus contaba muchos secuaces en Alemania, y el rey fué mientras vivió celoso partidario é intrépido campeón de esta secta, por lo cual, llamado á Roma por Pio II, desoyó al pontífice, que le descomulgó solemnemente en 1464, dando esto lugar á que desde entonces hasta su muerte, ocurrida en 1471, su reinado fuera una continua guerra civil y extranjera, pues no solo se levantaron contra él sus propios vasallos, sino el rey de Polonia, Matias Corvino, que era próximo deudo suyo.

En tales circunstancias, y al año siguiente de la solemne excomunion de su cuñado el rey Jorge de Bohemia, emprendió su viaje Leon de Rosmihal; dos relaciones de él han llegado hasta nosotros, ambas escritas por personas que formaban parte de su lucido y numeroso acompañamiento; el autor de la una es un llamado Schaschek, que debia formar parte de la servidumbre propia del baron de Blatna y que tal vez seria uno de sus secretarios, como opina el señor Gayangos; porque siempre habla con gran respeto y hasta con humildad de Rosmihal, á quien llama constantemente « el señor. » El original de esta relacion se ha perdido, pero se conserva su traduccion latina hecha por el canónigo de Olmutz Estanislao Paulowski, é impresa en 1877. La otra relacion, escrita en alto alemán medio, es obra de Gabriel Tetzet, patrio de Nuremberg, que tambien acompañó á Rosmihal en su viaje, y ambas se publicaron el año 1844 en el tomo VII de la coleccion de *Literatura nacional*, que dirige la sociedad de Stuttgart.

La relacion de Schaschek se escribió probablemente por mandato del principal personaje de esta peregrinacion en forma de *Diario*, como lo prueban los nombres de los lugares que cita, la expresion de las distancias respectivas y las cartas ó diplomas de los soberanos que en ella se copian. La de Tetzet parece el relato hecho por un anciano padre de familia, á sus hijos y á sus criados, de lo que en años pasados ha visto en países remotos, y de lo que en ellos le ha acontecido, haciendo menos caso de los nombres que de las cosas, así que apenas menciona la cuarta parte de los nombres de lugares que refiere Schaschek, y los que cita están tan desfigurados que no se acierta con ellos en ningún mapa, mientras que los errores de este género que comete el bohemio son de menos importancia y pueden atribuirse á la traduccion latina. Como apéndice á la version que de esta hemos hecho al castellano, pondremos los principales puntos de la relacion que Tetzet hace de las cosas que vió en Castilla, Aragon y Cataluña.

II.

Salió de Praga Rosmihal el 26 de noviembre de 1463 con un acompañamiento de cuarenta personas y cincuenta y dos caballos, provisto de una recomendacion de la reina su hermana para el emperador Felipe III, y, pasando por Topliz, Baireuth y Grafenberg llegó á Nuremberg, donde visitó las reliquias de los santos que allí se conservaban; luego fué á Heidelberg y de allí á Francfort, donde pasó la pascua de Navidad; de allí siguió á Mayenza, cuyo arzobispo no se dignó recibirle.

En Colonia estuvieron Rosmihal y los suyos durante la fiesta de los Reyes; fueron muy bien recibidos por el elector Rupers, protegido por Carlos el Temerario, asistiendo á las fiestas y danzas que el arzobispo dispuso en honor suyo. Aix les llamó mucho la atencion por sus numerosas reliquias, y Neuss por la hermosura de las canonesas, de las cuales dice Tetzet que eran muy elegantes y que bailaban muy bien, teniendo en el cláustro cada una su escudero ó page.

En el ducado de *Gueldres*, cuyo soberano era de escasa estatura y estaba en guerra con Felipe de Borgoña, vieron magníficos caballos; y atravesando, no sin dificultades por causa de la guerra, Bois-le-Duc, Turnhout, Sierre y Malinas, llegaron á Bruselas los viajeros, donde presenciaron las fiestas que se hacian en honor del conde de Carolais, que acababa de sojuzgar á los de Lieja. Pasando por Tremond y por Gante, cuya grandeza les admiró, se detuvieron en Brujas para pasar el carnaval bajo la proteccion del bastardo de Borgoña; de aquí, por Dunquerque y Gravelinas, llegaron á Calais, único punto de Francia ocupado todavía por los ingleses, y desde este puerto pasaron á Inglaterra. La travesía fué incómoda, y lo primero que visitaron despues de su llegada fué la ciudad de Cantorbery, asiento del primado, cuyos monumentos recuerdan el martirio de Santo Tomás, de que dan noticia ambas relaciones. En Lóndres estuvieron los viajeros dos semanas, siendo muy bien recibidos por el rey Eduardo IV, asistiendo á las ceremonias de la primera salida despues del parto de la reina Isabel Woodville, segunda mujer del rey; y, despues de ser condecorado por este con su orden de caballería, partieron Rosmihal y los suyos para Windsor, residencia de los caballeros de San Jorge, y por Reading y Andover llegaron á Salisbury, donde admiraron las bellezas de la abadía, asistiendo con Jorge, duque de Clarence, hermano del rey, á una magnífica procesion el domingo de Ramos.

Embarcados en Pool, despues de varias aventuras y de correr una tempestad, arribaron los viajeros á

Nantes, capital del último ducado de Bretaña Francisco I. En los alrededores de Saumur fueron muy agasajados por Renato de Anjou, que se titulaba rey de Sicilia, y lo que allí mas admiraron fué su coleccion de fieras. En Orleans visitaron á la duquesa madre de Luis XII, y en un lugar á tres jornadas de Tours, que Tetzet llama *Kandis* y Schaschek *Madinium*, vieron á Luis XI y su familia, quien los recibió muy bien y los invitó á que fueran con él á Paris, y que pasaran allí un año entero.

En Tours admiraron el sepulcro de San Martin, pero no quiso verlos Magdalena, hermana del rey Luis XI, prometida del rey Ladislao el Póstumo, la cual casó luego con el hijo del conde de Fox, de quien fueron hijos Francisco Febo y Catalina, que ambos reinaron sucesivamente en Navarra. Siguiendo el consejo de Luis XI fueron á Chatelleraud, donde llegaron el 6 de junio, viendo allí á Carlos de Anjou, hermano del titulado rey de Sicilia; y siguiendo el camino de Poitiers, Melle, Pons y Mirambeau, llegaron á Blaye en la desembocadura del Garona. Sobre esta villa dice Schaschek: « En otro tiempo poseyeron esta ciudad » los ingleses cerca de ciento cincuenta años, pero » fué recobrada por cierta mujer *fatídica* que recon- » quistó de los ingleses casi toda la Francia. Esta » mujer, hija de un pastor, fué dotada por Dios de » grandes virtudes para alcanzar este fin; pero cogi- » da por el rey de Inglaterra fué paseada ignominio- » samente por Lóndres y quemada luego, arrojando » sus cenizas al mar. » Tal era entonces la historia de Juana de Arco.

Los viajeros, pasando por Burdeos y Bayona entraron en España, y lo relativo á su peregrinacion por ella es lo que hemos traducido y publicamos.

Despues del Rosellon los viajeros visitaron á Narbona, Montpellier, Nimes, Carpantras, Tellard, Ambrum, y en las fronteras del Delfinado, Brianzon y Lusana, entrando en el Piamonte por Susa y pasando por Rivoli llegaron á Turin. En Vercellas encontraron á Guillermo, duque de Montferrato, y atravesaron sus Estados para llegar á Novara, pasando desde allí á Milan. El duque Galeazo Maria, hijo de Francisco Sforzia, su madre Blanca y su hermano Felipe Maria recibieron con mucha honra y amor á Rosmihal y á los suyos, que estuvieron allí ocho dias, visitando la catedral y demás monumentos. De Milan fueron á Venecia, pasando por Brescia, Verona, Vicencia, Padua y Treviso.

Leon Rosmihal visitó en Venecia al dux Cristóbal Moro, quien le hizo todas las honras debidas á su clase. Esta ciudad llamó la atencion de los viajeros, que mencionan con particularidad los templos y las riquezas que contienen el arsenal y el palacio de un mercader, que les llenó de admiracion por su magnificencia, describiéndose tambien por el viajero bohemio ciertas costumbres y ceremonias políticas que apenas menciona el narrador de Nuremberg, quien hace notar que no dieron resultado las gestiones practicadas allí para procurarse dineros, que ya iban faltando á los caminantes; y á los ocho dias de estar en Venecia salieron para Alemania.

Atravesaron Rosmihal y los suyos el Frioul, la Carintia, que entonces pertenecia al obispo de Bamberg, deteniéndose en Gratz, capital del ducado de Stiria, donde estaba Federico III con varios principes, celebrándose la vuelta de Rosmihal con unas justas y armando algunos caballeros. Nota Tetzet, el patrio de Nuremberg, que el emperador les dió vino y vituallas, pero no dineros.

De Gratz fueron á Neustadt, residencia de la emperatriz, á quien entregó Rosmihal las cartas de su hermano el rey de Portugal, refiriéndole lo que habia visto en aquel país, mostrándole los negros y un mono que de allí traía. Un judío usurero les dió lo necesario para proseguir el viaje, que hubieran continuado hasta Tierra Santa si no les hubiera negado su permiso para atravesar la Hungria el rey Matias Corvino, sucesor de Ladislao el Póstumo; esto les decidió á volver á Bohemia, no sin correr algunos peligros, entrando con gran pompa en la ciudad de Praga despues de quince meses de viaje y de haber visitado las principales naciones de Europa.

III.

Segun las fechas de los diplomás ó cartas del rey de Portugal y de su sobrino, así como de la de Enrique IV, Rosmihal llegó á España entrado ya el año de 1466; la época es por tanto de sumo interés para los aficionados á nuestra historia nacional, porque el año anterior habia sido depuesto en Avila el rey de Castilla, por los grandes, que alzaron en su lugar por monarca á su hermano Don Alonso, hallándose por consiguiente el reino trabajado por una verdadera guerra civil; pero antes de penetrar el viajero en territorios de la corona de Castilla, como entró en la Peninsula atravesando el Bidasoa, lo primero que vió fueron las provincias Vascongadas y algo de los dominios del reino de Navarra, que detentaba entonces el famoso Don Juan II, el cual, como todos sus hermanos, tomó tanta parte en los disturbios de que fué teatro Castilla durante los azarosos reinados de Don Juan II y de Don Enrique IV.

Cuando Rosmihal entró en España habia muerto hacia pocos años el ilustre y desgraciado principe de

Viana, quizá, como sospechan muchos historiadores, por las malas artes de la ambiciosa Doña Juana Enriquez, segunda mujer de Don Juan de Aragon y de Navarra, y madre de Don Fernando el Católico. Don Juan retenia el reino de Navarra, aunque de derecho pertenecia ya á su hija doña Blanca, primera mujer de Enrique IV de Castilla; pero su otra hija Doña Leonor se habia casado con el conde de Fox, de cuyo matrimonio habia nacido Don Gaston de Fox, que á su vez contrajo matrimonio con madama Magdalena, hermana del famoso Luis XI de Francia, el cual, segun aseguran los historiadores (1), pactó como condicion de este matrimonio que el reino de Navarra debia recaer en Don Gaston, á cuyo efecto se habia de entregar á los condes de Fox la desgraciada Doña Blanca, hermana mayor de Doña Leonor, siendo aquella, como hemos dicho, la primera mujer que tuvo el rey Don Enrique IV de Castilla, de quien se separó declarándose nulo el matrimonio por impotencia relativa de ambos cónyuges (2).

El rey Don Juan de Aragon, para grangearse el apoyo de Francia en sus guerras contra navarros, catalanes y castellano, no tuvo inconveniente en acceder á tal condicion; porque este monarca, despues de su segundo matrimonio con Doña Juana Enriquez, parecia, mas bien que padre, enemigo de casi todos los hijos que habia tenido en el primero; así es que no solo no se opuso á tan inmoral pacto, sino que lo cumplió con una crueldad repugnante, dando encargo á Mosen Pierres de Peralta de llevar por fuerza á la desdichada Doña Blanca á Bearne; y en efecto, á principios de mayo de 1462, Mosen Pierres entregó la reina de orden de su padre al capal del Buch, quien la llevó al castillo de Ortés en Bearne, donde estuvo encerrada hasta que murió, el 2 de diciembre de 1464, de veneno que le dió una dama de la condesa de Fox su hermana, segun refieren autores fidedignos, entre ellos Zurita y Nebrija, de donde lo tomó Aleson, continuador de los anales de Navarra (3).

El conde de Fox, encargado por su suegro del gobierno de Navarra, quiso dar principio á su mando con un hecho importante, y aprovechándose de las discordias que dividian á Castilla, se apoderó por sorpresa y á traicion de la ciudad de Calahorra en el año de 1463, enviando en seguida embajadores á Don Enrique y á Don Alfonso, que se disputaban la corona de Castilla, para proponerles la devolucion de Calahorra á cambio de las villas del reino de Navarra, que habian quedado en poder de Castilla de resultas de la pasada guerra. El rey Don Enrique acogió con su natural debilidad á los enviados del de Fox, y para tratar del canje mandó á su capellan Enriquez del Castillo á Calahorra; describe menudamente este en el capitulo LXXXIII de su Crónica todo lo que aconteció entonces, que vino á parar en gran ignominia del conde de Fox, quien rechazado de Alfaro, que intentó tomar por fuerza de armas, y sublevándose á poco contra él los de Calahorra, que degollaron la guarnicion francesa, tuvo que retirarse á Francia.

La lucha entre agramonteses y beamonteses estaba por este tiempo en su mayor auge; los primeros, capitaneados por Mosen Pierres de Peralta, fueron secuaces siempre de Don Juan II de Navarra, pero los segundos habian sido fieles al principe de Viana, y muerto este miraron con recelo á Don Juan y á sus partidarios. Tal es en resumen la situacion del reino de Navarra cuando entraron en nuestra peninsula Rosmihal y sus compañeros, los cuales, sin embargo, se ocuparon mas del aspecto del país y de sus costumbres que del estado político en que se encontraba; y es de notar que ni siquiera trataron de ver, como era su costumbre, á las autoridades superiores de aquellas tierras, siendo este quizá el único caso en que no se encuentran en la relacion del viaje diplomás ó cartas de las personas que ejercian el supremo gobierno del país visitado por el ilustre bohemio.

ANTONIO MARIA FABIÉ.

(Se continuará).

(1) Zurita y Aleson, *Anales de Navarra*, parte segunda, lib. IX, cap. IV, pág. 630.

(2) *Coleccion diplomática de la Crónica latina de Enrique IV*, escrita por Alfonso de Palencia, documento número 35, que es la sentencia de divorcio entre el principe de Asturias y la princesa Doña Blanca, su mujer, pronunciada por don Luis de Acuña, administrador de Segovia en Alcazuren, el 4 de mayo de 1453. Existe en el archivo histórico nacional.

(3) Nebrija dice sobre esto lo siguiente en el cap. I del lib. I de su guerra de Navarra: « Quid si ex causa » aliqua nobis occulta voluit Deus Navarriam materno rem » gerentem avo, á Joane in Carolum, hoc est á Gallis ad » hispanos reducere? Et quæ alia potuit justior causa, » quam quod regnum injuste acquisitum juste amittere » tur? Nam quis ignorat, Blancam juniorem Joannis Na- » varriæ ac deinceps tarraconensium regis in Blanca uxore, filia Caroli procreatam, quæ fuit Enriquo hujus » nominis Hispanorum regem quarto nupta, ac deinde re- » pudiata, veneno interceptam á Leonora sorore, ejusque » marito Foxensi comite, ut ad ipsos regni successio per- » veniret? Sed quod in illos male vestit. Nam intra dies » quindecim posteat quam sibi regium nomen adoptavit » miserabiliter et digne periit. »

Monumento

CONMEMORATIVO DE LA BATALLA DE NUIITS,
(FRANCIA).

Hace pocos días ha tenido efecto cerca de la ciudad de Nuits la inauguración de un monumento elevado á la memoria de los franceses muertos en los combates librados en los alrededores de esta población.

Este monumento es de 8 metros y 43 centímetros de altura, y está construido de piedra procedente de aquel país. Se compone de un obelisco cuadrangular que descansa sobre un zócalo en forma de sarcófago. En una de sus caras está esculpido en bajo-relieve un león que representa el momento en que lame las heridas que le acaba de hacer un dardo que pisa con su pata maltratada; y en la otra cara posterior hay, á manera de trofeo, un escudo coronado de un buho, y encima se lee el verso siguiente :

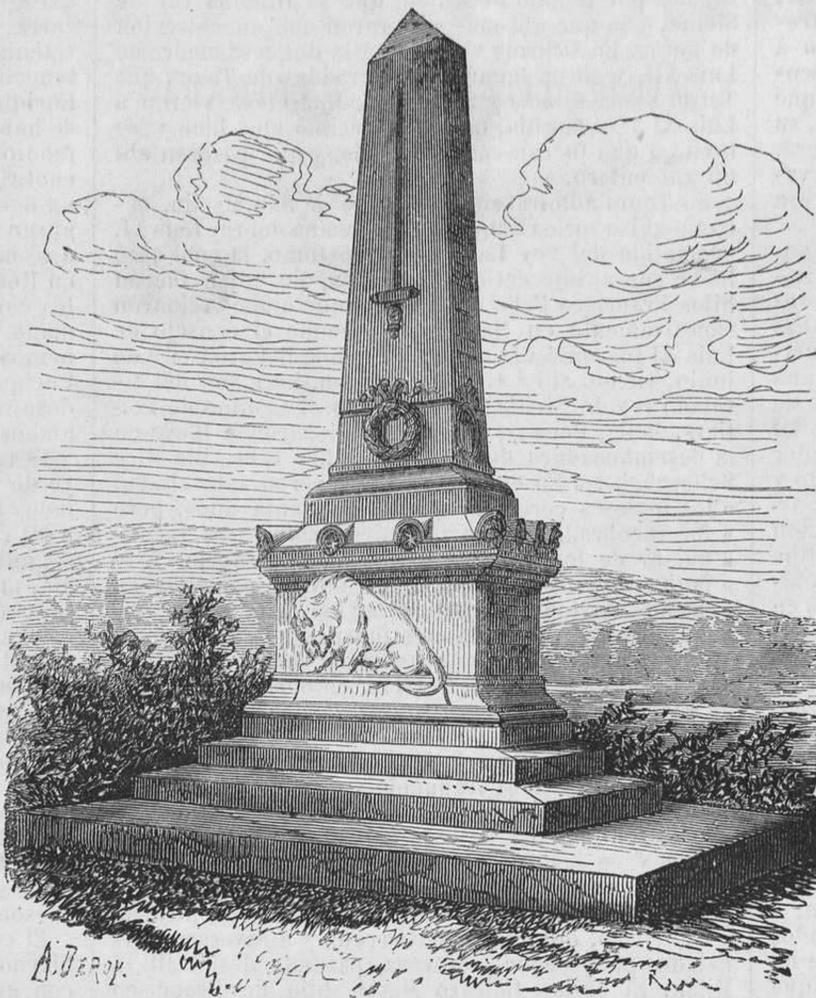
Exoriari aliquis nostris ex ossibus ultor.

En el obelisco hay dos espadas antiguas con dos inscripciones en letras antiguas. Una de estas inscripciones está concebida en los términos siguientes :

Este monumento ha sido elevado como un recuerdo de los gloriosos combates sostenidos en Nuits contra los alemanes el XX de noviembre, el XXX de noviembre y el XVIII de diciembre de MDCCCLXX.

En la otra cara posterior se leen estas palabras :

A la memoria de los franceses muertos defendiendo su patria en los combates sostenidos en Nuits



Monumento conmemorativo de la batalla de Nuits (Francia).

contra los alemanes durante la guerra de la defensa nacional MDCCCLXX.

Sobre el sarcófago se leen dos inscripciones : la primera enumera los cuerpos que tomaron parte en los combates librados delante de Nuits :

*Combate del XX de noviembre ; francos-tiradores.
Combate del XXX de noviembre : II legion del Ródano, francos-tiradores.
Combate del XXIII de diciembre : I legion del Ródano, II legion del Ródano, XXXII de marcha, LVII de marcha, francos-tiradores.*

Y la segunda rinde un homenaje especial á los combatientes del 18 de diciembre :

*Honor y Patria.
En el sangriento combate sostenido en Nuits el XVIII de diciembre, los guardias nacionales y soldados que acababan de ingresar en sus regimientos han combatido con el mayor valor contra un enemigo cuatro veces mas superior en número.*

El plano de este monumento, que es el mismo que presentamos á nuestros lectores, ha sido adoptado por la comisión de Bellas Artes de Paris, que al elegirle desconocía los nombres de las personas que se habian presentado al concurso. Por una feliz coincidencia, el autor del proyecto aprobado era un joven arquitecto que tomó parte en el combate del 18 de diciembre. En efecto, M. Belmain era teniente de la primera legion de los movilizados del Ródano, y fué herido gravemente en Nuits, conduciendo al combate á su seccion, que perdió las dos terceras partes de su efectivo. Las esculturas se deben al cincel de M. Clauzes, que tantos elogios obtuvo en la decoración del palacio de la Bolsa.—A. S.

LA COMEDIA CONTEMPORANEA, POR BERTALL.



La declaracion del vizconde en el cotillon.

Señorita, bajo este abrigo que oculta mi rubor y mi emocion, quiero deciros que os amo y aspiro á ser vuestro esposo.



Vuélvele á meter en mi bolsillo.



Modo de sentarse cuando se recibe una visita de confianza.



Modo de sentarse de una recién casada que va á visitar á una señora influyente.